

Cualquier cosa, menos quietos

# universo **centro**

Número 110 - Septiembre de 2019 - Distribución gratuita - [www.universocentro.com](http://www.universocentro.com)



# Armar el cuento

El 29 de julio de 1985 el presidente Belisario Betancur soltó una frase que sería primera página en algunos periódicos en Colombia: "Ojalá las Farc lleguen al Congreso, porque eso querrá decir que en ese momento cambiarán la dialéctica detonante por la otra dialéctica, la de los mecanismos de persuasión... Es más importante ver a Tirofijo en el Congreso que en la guerrilla". Betancur estaba en el Perú en la posesión de Alan García y en Colombia el gobierno intentaba traer a la gente desde las montañas hasta los cerros en Bogotá. La Ley de Amnistía había permitido "el regreso de dos mil guerrilleros a la vida institucional". Según Betancur el proceso de paz se encontraba en un "punto de no retorno": "Quien me suceda el año entrante tendrá que mantener este proceso que impone la tranquilidad después de treinta años de guerra". La Unión Patriótica llevaba dos meses de fundada y una parte de la izquierda armada pasaba de la sigla intimidante al afiche electoral.

En las elecciones de marzo de 1986, Jaime Pardo Leal, candidato presidencial de la UP, sacó 328 752 votos con apenas unos meses de presencia política. La Unión Patriótica eligió 14 congresistas (Iván Márquez como Representante a la Cámara), 18 diputados y 335 concejales. El gobierno de Virgilio Barco, con signo contrario al Conservador de Betancur, estaba dispuesto a mantener el proceso. Pero narcos, paracos del Magdalena Medio amparados por una sigla de asociaciones de ganaderos y agricultores, militares y políticos con la clientela amenazada decidieron que era hora de acabar con esa "alcahuetería". Una semilla de tierra caliente comenzaba a calentarse a toda Colombia. Barco llevaba un mes en el Palacio de Nariño y ya habían matado a dos

congresistas de la Unión Patriótica. En dieciséis años, entre 1984 y 2000, mataron al menos 4153 dirigentes y militantes de la UP. Los militares hacían parte de la arremetida y Horacio Serpa, ministro de gobierno del momento, solo les pedía a los dirigentes amenazados que no lo pusieran a pelear con los militares. Las Farc tenían su parte en la matanza. Mientras algunos se exponían de frente en el juego electoral, ellos seguían en las armas, tanteando el terreno, soltando condolencias y amenazas. El asunto se saldó el 9 de diciembre de 1990, día de elecciones a la constituyente, con el bombardeo del gobierno de César Gaviria a Casa Verde, principal cambuche de las Farc en La Uribe, Meta.

Ahora, la puesta en escena de Márquez, Santrich y compañía hace sonar de nuevo las alarmas de un acuerdo roto, de una desbandada hacia el monte. Hay muchos entusiastas del "regreso a la guerra", ciudadanos que se alegran ante la certeza de un enemigo lejano y fácil, políticos que disfrutaban la oportunidad frente al cinismo armado y las ventajas de que la gente piense berraca. Pero los tiempos son muy otros. De Jacobo Arenas a Jesús Santrich ha corrido mucho plomo. La retórica de la "marquetzalia" ya no solo es anacrónica sino patética. Márquez y Santrich parecen cada vez más unos muñecos de pilas que comienzan a hablar cuando la cámara titila, presos de un discurso automático, casi robótico, tan aprendido que ya ni en Venezuela significa nada. Márquez vuelve a huir del Congreso, esta vez con una pantomima de 32 minutos, pero ahora sus antiguos compañeros de armas no lo vivan sino que le quitan el carné de la Fuerza Alternativa Revolucionaria del Común.

Y en el terreno las cosas no están fáciles. El fusil en sus manos es también un alarde

desprestigiado. Un número cercano al 80% de los desmovilizados sigue lejos de las armas. Un buen porcentaje de los que se mantuvieron o volvieron al tropel están consolidados bajo el mando de Gentil Duarte en el sur del Meta y Guaviare. Duarte les lleva cerca de dos años de ventaja en ese territorio, tiene al menos 300 hombres según cuentas de la Fiscalía y maneja una próspera economía coquera sin rendirle cuentas a nadie. Un empresario boyante sin remilgos políticos les ofrecerá, si acaso, una Alianza Público Privada.

Los demás grupos regados de las disidencias son más microempresas criminales que frentes guerrilleros. En algunos casos se han ido combinando con combatientes y "contratistas" de diferentes tropas. En términos políticos se diría que han hecho coaliciones. Además, están de algún modo confinados por los límites impuestos por enemigos variados. De modo que el "ejército del pueblo" de Márquez, el Paisa, Romaña y demás tendrá que concentrarse en un duelo a muerte en muchas regiones antes que plantarle cara al Estado. Es un poco tétrico decirlo, pero muchos lugares ya les hicieron el cajón.

El grupo de Venezuela, por ponerles un pasaporte, no tiene siquiera una letra completa de las antiguas Farc. Durante mucho tiempo las Farc concentraron el 70% de sus acciones en 40 municipios. Eso da una idea de lo limitadas que podrían ser las "gestas" de Márquez y Cía. Entre 2003 y 2016 se desmovilizaron 20 000 guerrilleros de las Farc de manera individual, esa salida por goteo minó algunas fuerzas pero dejó intacta la estructura. La entrega de armas de 13 000 combatientes hace dos años hizo desaparecer definitivamente a las Farc, independiente de que 1500 o 2000 de sus hombres y mujeres hayan vuelto al fusil, aunque no sus filas. Así como las AUC desaparecieron luego de los acuerdos de Ralito, mutaron en bandas, franquicias y facciones cuando más del 30% de su tropa volvió por sus fierros, así mismo las Farc son ahora una colección de intereses económicos menores acompañados de la grandilocuencia de un estado menor.

Nuestras violencias responden cada vez más a lógicas regionales. Con fuerzas más atomizadas y mandos menos influyentes nacionalmente. Lo que pasa en Tumaco, Catatumbo, Bajo Cauca y el norte del Cauca, por mencionar las regiones más complejas, depende mucho más de cotizaciones internacionales, del fracaso del Estado en las cabeceras municipales, de los acuerdos o las grescas entre mandos medios por la contabilidad y otras vueltas que de los discursos y las intenciones de quienes fueron comandantes. Ahora lo importante es que el gobierno no pretenda crecer el enemigo militar para debilitar a los rivales políticos. ©



## DIRECCIÓN GENERAL Y FOTOGRAFÍA

– Juan Fernando Ospina

## EDICIÓN

– Pascual Gaviria

## ASISTENCIA EDITORIAL

– David EufRASIO Guzmán

## COMITÉ EDITORIAL

– Fernando Mora Meléndez

– Andrés Delgado

– María Isabel Naranzo

– Andrea Aldana

– Juan Fernando Ramírez

– Simón Murillo

## ASISTENCIA EJECUTIVA

– Sandra Barrientos

## DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

– Gretel Álvarez

## CORRECCIÓN DE TEXTOS

– Gloria Estrada

## DISTRIBUCIÓN

– La Pájara, Gustavo y Didier

Es una publicación mensual de la Corporación Universo Centro

**Número 110 - Septiembre 2019**

**18.000 ejemplares**

**Impreso en La Patria**

[universocentro@universocentro.com](mailto:universocentro@universocentro.com)

**DISTRIBUCIÓN GRATUITA**

[WWW.UNIVERSOCENTRO.COM](http://WWW.UNIVERSOCENTRO.COM)



# La unidad de la pelea

por DAVID EUFRASIO GUZMÁN

Ilustración: Laura Ospina

Aquel viejo domingo completaba una semana sin salir a la calle. Estaba castigado por una batalla campal que protagonizamos los de la Unidad Residencial contra algunos estudiantes del Pascual Bravo. Aunque en esos tropes los más pelaos solo tirábamos piedras salvaguardados en los bloques que lindaban con el Pascual, a Monareta lo agarraron y le abrieron la cabeza con unos chacos. Esa vez se nos entraron por un roto que le hicieron a la malla. Cuando mi papá supo que un amigo estaba grave en el hospital se puso furioso y me agarró a cantaleta, que Medellín estaba cocinada en violencia, que todo el mundo dispuesto a hacerse matar por cualquier pendejada: ¿La gente no puede rivalizar sin matarse o qué?, ¿no puede enfrentarse sin sacar un fierro?, ¿cómo así, hijo, que manoplas y piedras?, si tienen tantas ganas de pelear, ¿por qué no se dan unos puños sanos como hacíamos antes y siguen su vida tranquila, así sea con la boca reventada?, ¿siempre tiene que haber un muerto en esta ciudad? Queda castigado hasta nueva orden pa que no joda.

Yo en realidad era un pelao pacífico y salvo las batallas donde todos éramos del mismo ejército, evitaba a toda costa inmiscuirme en tropes; si alguna situación con alguien se iba poniendo delicada o insinuaba un bonche, me abría el parche. No sé si por este comportamiento cobarde los pelaos de la unidad empezaron a decirle a Ramirito que así fuera más chiquito que yo, me podía cascar. Vos fijo cascás al Chino, le decían delante de mí y yo esquivaba la mirada, ignoraba la situación, porque si decía que no, de pronto me tocaba comprobarlo, y si decía que sí, manifestaba yo mismo mi cobardía y falta de carácter, una doble humillación que no estaba dispuesto a patrocinar. Bien o mal terminaba huyéndole al tema, buscándole el chiste. En esa época era un deporte imaginar las peleas de los manes grandes de la unidad, ¿Cómo será un bonche entre Pingua y Umaña?, Gana Pingua, ¿Y entre Mánimal y Agonia?, Gana Mánimal sobrado, Creo que José Jairo levanta a Manolo, ¿Y entre José Jairo y Pingua?, Pingua toda la vida, Juango sí los levanta a todos, Pero porque está loco ese hijueputa, y así los mejores carteles de boxeo callejero pasaban por nuestras mentes sin sospechar que algún día estaríamos en el ring. Porque cada tanto, cuando pasaban días y días sin acción, sin peleas a correa entre los grandes y los padres de familia, o contra los celadores, o a piedra contra los estudiantes del Pascual o el Liceo Antioqueño, el aire se avinagraba, los grandes se llenaban de sevicia y les daba por poner a pelear a los más pelaos, Hay que irlos preparando para la guerra, decían. Ahora pienso que no podíamos vivir sin la adrenalina del tropel, lo que explotaba afuera en las calles se repetía a una escala de juguete en la unidad. Y entonces nos azuzaban, Ramirito, usted casca al Chino, usted a ese man lo casca.

Para mi angustia, el pelao se empezó a tragar el cuento. Olí fitear mi miedo se fue armando de seguridad y valentía. Era un mulato cabezón con poco pelo



como carne molida mal esparcida por la cabeza, con algunos calvos y una frente enorme que parecía calvicie prematura, pero apenas tenía doce años, dos menos que yo. Su hermano Eduard era un misterio, famoso porque un día borracho salió con una motosierra asustando a todo el mundo en la unidad, a mí no me tocó pero decían que era loco, tal vez simplemente tenía una teja corrida, yo lo veía como un man que no se le arrugaba a nada y podía cascar a dos de la misma edad al mismo tiempo. Eso sí me tocó verlo. Pero Eduard era de los grandes y era muy difícil que los grandes nos dijeran, si Pingua no me casó el día que por error le dije Pingüi no había nada que temer, a mí me daba susto era de Ramirito, que era un vecino sin ley, una plaga, necio como un diablo y atravesado, un Eduard chiquito. Recuerdo una semana de diciembre en que el hombre estrenó lunes, martes, miércoles y jueves. Cada día un pantalón nuevo, una camisa nueva y dos pares de zapatos nuevos que turnaba. El viernes, cansado y orgulloso de haber estrenado tantos días seguidos, el hombre volvió al lujo y a la comodidad de vestirse como siempre, de camisetita descosida, pantaloneta desvaída, tenis sin medias, y salió "grasa", como dicen en Argentina. Afuera los grandes se la montaron, que cómo así que estrena todos los días menos el viernes, entonces Ramirito se entró para la casa y volvió a salir con uno de los pantalones y una de las camisas que se había estrenado en la semana, combinándolas para no repetir muda. Todo elegante pero con ganas de cambiar y enmugrarse. Era un pelao que prendía empujado, por eso poco a poco me hice a la idea de que, así lo tratara de evitar por diferentes medios, en algún momento me iba a tocar darle puños con él. Era eso o convertirme en la burla eterna de los dioses, y las diosas.

El domingo que me levantaron el castigo, después de la jornada futbolera, estábamos en un arbolado dentro de la unidad y por la actitud de Ramirito me di cuenta de que lo habían preparado, era el día elegido para que me cascara, su botín de lujo, levantar a uno más grande para probar finura. Estaba sentado en un tronco cuando me empezaron a decir vainas, Qué va, Dejen de batanar, No chimben más, respondía con un nudo en el estómago; en un punto muerto alguien dijo como dando una orden, ¡Desen pues par de gonoreas! Miré a Ramirito y no sé por qué hoy lo veo tan nítido, lanzando ganchos al aire como en calentamiento antes de la pelea, ¡Pelea, pelea!, gritó Umaña, su manager. Me paré lentamente, con una parsimonia que a mí contrincante le debió haber parecido eterna y me fui poniendo de pie con las manos abiertas en las rodillas, inclinándome hacia adelante, como diciendo, A ver pues qué es la cosa, pero callado, Uy, ¿va a peliar?, murmuró algún incrédulo. Ramirito me esperaba con las manos empuñadas, parado de medio lado. Me acerqué y sin ningún tipo de técnica o antesala le metí un puñetazo en el centro de la cara. Lo reventé de una, la sangre se le vino por la nariz y se agachó como atontado, como si se le hubiera caído un dije de oro. Por esos años alguien me había dicho que el que pegaba primero pegaba dos veces, o ganaba, o algo así. La gente gritaba y animaba, Ramirito, que sollozaba furioso con la bamba llena de sangre, agarró una tabla que había en la manga con unos clavos oxidados salidos en desorden. A mí me ofrecieron otra tabla del mismo arrume, pero salí corriendo y me resguardé en la portería

de los carros mientras Ramirito blandía el tablón amenazante. Alguien le dijo, Venga pelee como hombre, a puño, usted lo casca, Es a puño parcero, venga pues, le insistió otro. Volvimos al ruedo, el pelao ya tenía la sangre seca en las fosas nasales, las lágrimas secas a medio camino, una pasta bamba acumulada en las comisuras de los labios. Retomamos la pelea como cansados, dudosos, ninguno mandaba puños ni se le iba encima al otro para revolverlo, era como una danza circular, ridícula. De repente Ramirito se puso a llorar y casi al tiempo yo también me empuñé desahogando la presión; envueltos en llanto nos abrazamos y apretéjé su humanidad antes temida contra mi existencia como si solo así pudiera salvarme. No, miré estos malparidos, decía la gente decepcionada, otros se reían, Déjelos, déjelos ya.

Luego de unas semanas con las energías saneadas, sentí que Ramirito en el fondo había quedado maluco, como que le ardía esa herida en el ego a la que los grandes le exprimían gotas de mertiolate con limón, En un afusto usted ya casca al Chino, Se tiene que desquitarse, y lo cierto es que se estaba embarneciendo y a veces me miraba rayado con unos ojos distintos, cada vez más opacos y rasgados como los de Eduard. Cuando ya esperaba su venganza, como al año del bonche, la familia se tuvo que ir de la unidad y solo así pude descansar, al menos unos días mientras nos trasteábamos para el apartamento que habían desocupado, un primer piso que mi mamá siempre quiso. Obvio me correspondió la que era su habitación. Transformado, mi temor ahora era que regresara por lo suyo como un fantasma que atraviesa paredes, una pesadilla que no terminó hasta que fuimos nosotros quienes abandonamos la unidad. ©



# Mi primera comunión

por RICARDO CARVAJAL V.

Fotografía: Archivo familiar

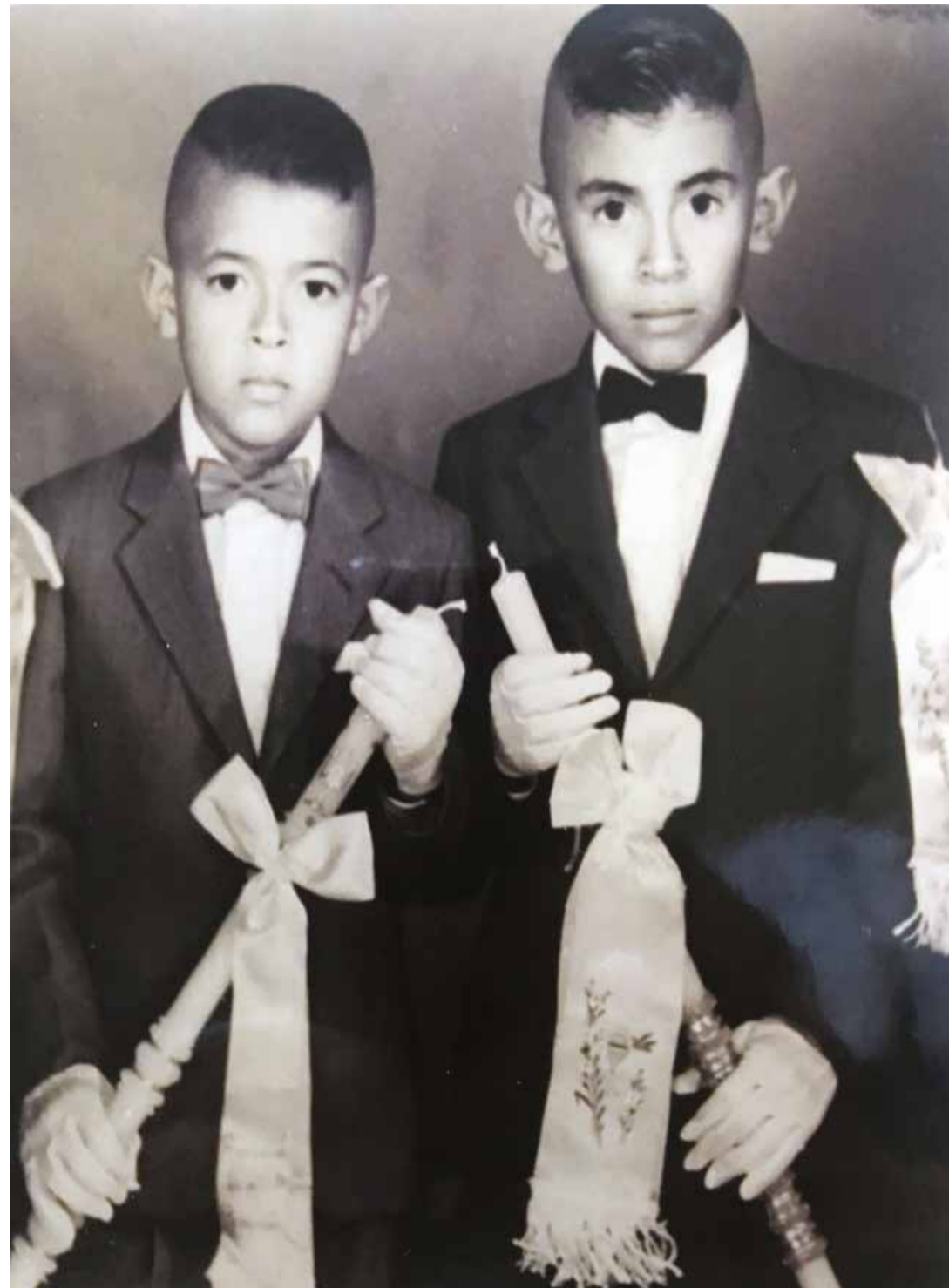
El día de mi primera comunión me levanté un poco aburrido, traumatizado por la peluqueada a la que nos obligó mi padre a mi hermano y a mí para que recibiéramos al Señor “como es debido”. Él, que había trabajado en Barrancabermeja para la Tropical Oil Company, más conocida como “la Troco”, era un ferviente admirador de los gringos que laboraban y vivían en los campamentos cuidadosamente separados de los colombianos. Y aunque los gringos siempre los trataron como personas de segunda clase en su propia tierra, mi padre hubiera dado cualquier cosa para que sus hijos tuvieran el porte y la gallardía de esos monos ojiazules, así que le ordenó al peluquero: “Mótilelos a lo americano”. Mi hermano y yo no supimos de qué se trataba hasta que nos miramos al espejo y vimos nuestras cabezas casi peladas. Solo quedaba una pequeña sombra de pelo en la parte superior y un diminuto copete encima de la frente. De mis ojos rodaron dos inmensas lágrimas que se fundieron con los crespos que quedaban sobre la capa blanca con que nos cubría el peluquero. Luego de que nos untaran piedra alumbre en el cuello para la irritación, nos bajamos de la silla y caminamos callados hasta la casa, maldiciendo por dentro a nuestro padre y a don Cipriano, el peluquero. Tal vez por esas maldiciones tuve la sensación de haber recibido mi primera comunión en pecado, pero ya no había tiempo para confesiones, así que empecé a organizarme para asistir a la misa donde otros treinta niños esperaban ansiosos a que el Señor entrara en sus corazones.

Por el lado del vestuario tampoco nos fue muy bien aunque mi padre insistía en que debíamos vernos como unos dandis. Un mes atrás nos había llevado a Everfit para que nos confeccionaran vestidos de paño con camisa blanca de cuello duro, corbatín y guantes blancos, y le había ordenado a un hermano suyo, zapatero, que nos fabricara unos zapatos de puro cuero y con suela volada para rematar. Nosotros, que hasta ese momento solo habíamos vestido pantalón corto y tenis, o zapatitos Panam de caucho, nos sentíamos como envueltos en un paquete en el que difícilmente podíamos movernos.

La ceremonia fue extenuante. Con el agravante de que salimos de la casa sin tomar una gota de agua por de ayuno de seis hora que había que guardar para poder comulgar.

La misa Tridente (llamada así por el Concilio de Trento 1545-1563) era muy diferente a la que se celebra después del Concilio Vaticano II (1962-1965), cuando se hicieron algunas reformas para atraer a los feligreses que se estaban alejando de la iglesia. En primer lugar se celebraba en latín, cosa bastante extraña: si el nuevo testamento está en griego y Jesús hablaba arameo, por qué le hablaban a Dios en latín. Lo otro es que se oficiaba de espaldas a los feligreses, aunque la iglesia dice que es para no darle la espalda a Dios, cosa que tampoco entiendo si es cierto eso de que Dios está en todas partes.

La misa comenzaba cuando el padre subía al altar precedido de los monaguillos y se echaba la bendición en latín: “In nomine patris et filii et spiritus sancti amen”... era tal vez lo único que entendíamos. “Ora pro nobis”, “Agnus Dei”, “et cum spiritu tuo”, “mea culpa”, “Kyrie eleison”, “Deo gratias”, “veni sanctificator omnipotens aeternus deus”, “per omnia saecula saeculorum”... eran frases que escuchábamos y repetíamos sin saber su significado pero con mucha devoción. La mayor parte de la misa no se entendía por el sonido deficiente de la época y por el susurro habitual de los curas, así que uno realmente no participaba, aunque se la pasaba arrodillándose, parándose y sentándose. El momento más sublime era el de la transubstanciación, es decir, el momento en que el vino y la hostia se convierten en la sangre y el cuerpo de Cristo. Todo el mundo se arrodillaba, el padre levantaba la hostia y el vino por unos segundos. Los monaguillos hacían sonar la campanilla tres veces. En ese momento se podía escuchar el aleteo de una mosca. Seguía el ritual hasta llegar a la comunión.



Me acerqué temeroso por el temor a Dios que me habían infundido siempre. Mis zapatos nuevos ya comenzaban a sacarme ampollas. Cuando el cura extendió su mano con la hostia saqué mi lengua tímidamente para recibir al Señor. Tenía un miedo terrible de morderla, era una de las prohibiciones repetidas, imaginaba al mismísimo Niño Jesús chorreando sangre en mi boca, así que la subí contra mi paladar donde quedó pegada. Pasé el resto de la misa tratando de despegarla con mi lengua, hasta que pude tragarla más aterrorizado que feliz.

Después de hora y media que duró la misa, fuimos a desayunar a la casa teniendo mucho cuidado de no manchar el vestido. A las once de la mañana con mis pies ampollados me subí al carro que le prestaron a mi padre, un Studebaker modelo 1951 en el que nos llevaría hasta la sorpresa que nos tenía reservada: conoceríamos a la Madremonte en el Cerro Nutibara. Todo iba muy bien hasta que en la subida del cerro el carro se varó y nos tocó bajarnos a empujar con esos enormes y pesados zapatos que me querían matar, y en medio de un calor que nos derretía pues el viejo insistió en que nos dejáramos el vestido para las fotos en el cerro. Como era imposible empujar hacia arriba, empujamos hacia abajo hasta lograr que el Studebaker arrancara y volvimos a casa donde los niños vecinos nos esperaban impacientes para romper la piñata que mi madre había preparado. La Madremonte quedó convertida en mito.

Pensaba que todo lo que me estaba pasando era un castigo del Señor por haber maldecido a mi padre. Así que entre frustrado, arrepentido y un poco ansioso me dispuse a abrir los regalos que los vecinos nos

habían llevado. Después de romper los enormes paquetes, dentro de los cuales nos imaginábamos los mejores regalos “de pilas” que entraban de contrabando por Cúcuta o por San Andrés, descubrimos con algo de tristeza ocho juegos de lotería en cartón, seis pirinolas, cuatro dominós de madera, dos parqués, dos cargaderas, cuatro dulzainas y una pelota de números. Cuando le mostramos a mi madre los regalos repetidos nos consoló diciendo: “No se preocupen que ya tenemos regalos para cuando los inviten a otras primeras comuniones”, lo que me hizo pensar que esos mismos regalos llevaban varios años de fiesta en fiesta, generando frustraciones y dando tranquilidad a quienes al menos tenían algo para regalar.

Pero la gota que rebozó el cáliz fue la prohibición de participar en la tumbada de la piñata que nos impuso mi madre: “La piñata es para los invitados y no para los anfitriones”, nos dijo y nos tocó limitarnos a mirar. Con mis pies ampollados y sin poder romper y gozar de la piñata, terminó para mí, el que según mi padre, sería el día más importante de nuestras vidas.

Al día siguiente le ofrecí mis ampollas al Señor y me dispuse a trabajar para lograr lo que siempre había querido: ser monaguillo de la iglesia porque me parecía que era oficiar como pequeño sacerdote. Me soñaba sirviendo de auxiliar en la misa o sacudiendo la canastilla de incienso en las procesiones o recogiendo las limosnas o cualquier cosa que pudiera agrandar al Señor, tocar la matraca o las campanas o apagar las velas de la iglesia. El sueño se fue diluyendo con el pasar de los años, cuando el alboroto de las hormonas al ver a las preciosas niñas que entraban a misa, nos invitaba a la pregunta imposible sobre el sexo de los ángeles. ☺

## ¡Cree tú también!



### Más de 300 mil personas ya lo hicieron.

Se acercaron, creyeron y se convirtieron en asociadas de Confiar. Gracias a su compromiso, hoy todas ellas reciben beneficios que mejoran su calidad de vida y la de sus familias.

Asóciate, para que también sientas la diferencia.

La diferencia está en confiar

confiar  
coop

Temporada Nacional de Conciertos  
Banco de la República · 2019



Jueves 3 de octubre  
**THIRD COAST PERCUSSION**, cuarteto de percusión (Estados Unidos)  
Teatro Camilo Torres (Bloque 23, Ciudad universitaria  
de la Universidad de Antioquia, calle 67 # 53 - 108)  
6:30 p. m. · Entrada gratuita  
Código PULEP: KLV305

Para mayor información consulta: [www.banrepcultural.org/bogota/actividad-musical](http://www.banrepcultural.org/bogota/actividad-musical)





# Grávido río

por IGNACIO PIEDRAHÍTA

Fotografía por el autor

*El mundo apunta en una dirección y por eso pensar en el futuro nos incomoda y aun atemoriza. Pero el mundo se mueve como un río, con curvas y cambiando de dirección constantemente.*  
Ludwig Wittgenstein

Decidí que mi próxima estación sería Mompox, con una parada intermedia en la población de El Banco, a trescientos kilómetros de Puerto Berrío, donde el Magdalena cambia por completo su naturaleza. Las cadenas montañosas que lo confinan en su parte media se desvanecen a lo lejos. La cordillera Oriental se despide torciendo al nororiente, rumbo a Venezuela, mientras que la cordillera Central va perdiendo altura en la serranía de San Lucas hasta allanarse del todo. Sin un valle que lo acune en el fondo y le señale su recorrido, el Magdalena se ve enfrentado a una gran llanura, que le sugiere a su curso mil y un caminos posibles.

El río reacciona entonces como una divinidad hindú, multiplicando sus extremidades. Cada brazo se posa sinuoso sobre la planicie tanteando su destino, buscando la mejor manera de fluir. A su lado se forman innumerables ciénagas, en las que los afluentes en ocasiones se funden y desdibujan. En toda la región, la tierra inundada le disputa la supremacía a la tierra seca.

Usualmente los ríos se abren de esta manera cuando intuyen la cercanía del mar. Los diferentes brazos tienden a formar un gran triángulo —semejante a la cuarta letra griega, Delta—, y entran al océano dispersos y por distintas bocas. Pero no siempre el mar está ahí para recibirlos, de manera que deben recogerse de nuevo en un solo cauce y seguir recorriendo hasta encontrarlo.

A este fenómeno natural de gran belleza se le llama delta interior, y es lo que le ocurre al Magdalena en esa parte de su trayecto. Durante cien kilómetros, a partir de El Banco, corre fragmentado hasta que sus brazos se congregan de nuevo aguas abajo de la población de Magangué. Le ocurre también al Níger, en la región anterior a la ciudad de Tombuctú, en Malí, así como al Nilo Blanco, en Sudán del Sur, donde forma los míticos pantanos del Sudd. En Colombia, a esta región del Magdalena se le conoce como depresión momposina, y los brazos principales que llevan el peso de la corriente reciben los nombres de Loba

y Mompox, que nacen en la población de El Banco, justo donde ahora me encontraba.

Imaginé, en mi candidez, que a orillas de aquel puerto encontraría un bello malecón con vista a la corriente. Y que bastaría seguir la vía principal para llegar hasta allí y disfrutar de un atardecer sobre la ribera. Conduje pues, buscando esa quimera, preguntando a la gente. Pero, contrario a lo que pensaba encontrar, cada vez me internaba más en los arrabales del pueblo, hasta que llegué a un callejón de tierra sobre cuyo final se vislumbraba el río. Avancé incrédulo. A ambos costados de la vía se levantaban casas de bahareque, tabla y hojalata. Niños desnudos jugaban con tarros y botellas viejas que sobresalían a medias en los solares fangosos, olorosos a cieno podrido.

Una vez junto al río bajé del automóvil y respiré profundo. Debieron pasar unos minutos para asimilar semejante pobreza, que sin embargo el río acoge. Varios mototaxistas esperaban el desembarco de los pasajeros de un ferri que se acercaba a lo lejos. Por las precarias condiciones del lugar, costaba creer que aquel fuera el acceso a un puerto de comunicación municipal.

—¿Va a atravesar en el carro? —me preguntó el representante en tierra de la embarcación.

La ruta del ferri conectaba con la vía que lleva a las poblaciones de Barranco y San Martín de Loba. Pero yo quería continuar mi viaje por la carretera principal hacia Mompox. Agradecí la atención de aquel hombre y caminé sobre la orilla durante un corto tramo.

Al final de la playa de arena oscura una mujer atendía su pequeña chaza. Todos sus productos cabían en una especie de maletín de madera, un muestrario de golosinas baratas. También ofrecía café negro envasado en termos y le pedí uno.

Quería observar el río, pero no podía apartar la mirada de la mujer y de su hija de unos nueve años. La belleza de sus rostros me cautivó. La madre tenía una piel de tono marrón oscuro y embrujador que me llevó de inmediato a las historias de las *Mil y una noches*. Con quizá 35 años, ya sería algo mayor para las veladas persas de muchachas núbiles, pero bien podía pertenecerle. Su cabello comenzaba a teñirse de blanco y lucía en sus sienes de una manera que parecía seguir las líneas de la corriente del río.

Fue ella quien me señaló, con recatada paciencia y aun con alegría contenida, los brazos

en los que se divide el río a partir de ese punto. A la izquierda estaban el de Loba y otro menor que pronto se le unía, y a la derecha, el de Mompox. Ambos podían recibir el nombre de río Magdalena, como dos caras de una personalidad escindida. El Mompox, sereno y predecible, era el señor Hyde, de Stevenson, mientras que Loba, cambiante y rufián, era su doctor Jekyll. Solamente unos cien kilómetros más adelante volvían a conciliarse en un solo cauce, aguas abajo de la población de Magangué, para seguir rumbo al mar Caribe.

La mujer le dio una orden cariñosa a la niña para que se bajara de su asiento y me invitó a ocuparlo. Aunque en un primer momento rechacé el ofrecimiento al ver los ojos almendrados de la niña, finalmente acepté la cortesía de la madre. La silla se caía a pedazos, con su pasta quebrada por el calor del sol y remendada con alambre, pero se sentía como un verdadero lugar de honor. El café tenía un sabor único. Era dulce a la manera tradicional, y terroso como el río.

El ferri se acercaba. Era una embarcación en forma de planchón en la que venían un automóvil y una docena de motos, y quizá unas treinta o cuarenta personas. Algunos de los que bajaron se acercaron a la chaza. Me levanté mientras tanto y caminé hasta la misma orilla del río, más lodosa que arenosa. Me pareció estar completamente rodeado de agua, cuyo color café le agregaba a la imagen un elemento de tierra diluida.

Era allí donde a mi juicio debía estar aquel malecón de hermosa arquitectura, desde donde los habitantes del pueblo pudieran observar la partida y llegada de los viajeros, así como la separación en brazos del gran Magdalena. Pero no, todo en el puerto era pobreza y desdén hacia el río, y sin embargo una humildad prodigiosa de las gentes. Cuando los clientes se fueron, volví por un poco más de café donde la mujer y su hija.

A cada sorbo de mi taza y, seguramente por obra de aquella compañía femenina, me iba adentrando en mi imaginación. Antiguas preguntas asomaron en mi mente: ¿por qué no se llena el mar con tanta agua? ¿De dónde resultaba siempre agua disponible en la cima de las montañas? Les hice esas preguntas a mis anfitrionas y ambas sonrieron. Yo también sonreí y permanecimos en un agradable silencio durante un rato, tocados a veces por una brisa sutil.

Dos mil años atrás, el filósofo Séneca resumía en sus *Cuestiones naturales* las cinco ideas que había en ese momento acerca de cómo el agua del mar nutría de nuevo los nacimientos de los ríos. La primera decía que esta volvía por caminos escondidos a la parte alta de las montañas. En el recorrido se iba filtrando y perdía su salinidad, hasta llegar a los nacimientos sobre las cimas. La segunda, que los manantiales eran simplemente engendrados por las lluvias, recogidas como por una esponja en el seno de la tierra. La tercera, que los ríos surgían de un depósito subterráneo, dulce e inmóvil. La cuarta, que el aire acumulado y estancado en cavidades profundas de la tierra estaba sometido a condiciones que lo obligan a transformarse en agua. Y, la quinta, que había una transmutación perpetua entre elementos: la tierra también podía volverse acuosa.

Si bien en las tres últimas razones hay una magia que atrae, la predilección de Séneca era por las dos primeras. De estas, la segunda es la que ahora nos parece más de acuerdo con la naturaleza del agua en la tierra. A causa del calor del sol, el océano se evapora y forma nubes. Estas nubes se mueven hacia los continentes y allí se descargan. La lluvia penetra en el suelo y lo colma hasta cierta parte por debajo de la superficie. Cuando esta agua asoma a la vista, le damos un nombre según su forma y su naturaleza. Si es un cuerpo quieto le llamamos lago, con todas sus variantes. Si surge como una corriente será un río. Lagos y ríos continúan de esta manera

más allá de sus márgenes, aunque bajo tierra. Caminamos sobre una especie de océano terrestre, que llena los poros del suelo que pisamos.

Esa agua, en su mayor parte invisible, sube y baja según las lluvias. En época húmeda su nivel se mantiene alto, mientras que durante la sequía se profundiza bajo nuestros pies. Y así los lagos y los ríos también suben y bajan, como siguiendo el ritmo de una lenta respiración.

El Magdalena, como cualquier otro río, es agua subterránea que asoma a la superficie. Mientras tanto, una sábana líquida oculta sigue acompañándolo a sus costados. También los muchos tributarios que le caen, así como las ciénagas que lo custodian, son manifestación de esa reserva subterránea.

La diferencia entre el agua del río propiamente y aquella que continúa bajo sus márgenes es que la del río corre más libremente. El líquido que sale a la superficie se entrega sin reparos a la fuerza de gravedad. Muchos ríos recorren miles de kilómetros para llegar finalmente al gran océano, solamente dejándose llevar. Mientras el hombre multiplica sus tareas buscando la cumbre del éxito, los ríos se dan a la aventura del descenso. Solo para algunos seres humanos está reservada la vana gloria —y para muchos la frustración—, mientras que todos los arroyos cumplen con creces su cometido.

En su camino, el agua de un torrente se trae consigo pedacitos de suelo y de rocas de las montañas, que en conjunto van en procesión rumbo al océano.

Sin embargo, un río nunca se sobrecarga. Lo que no puede llevar lo deja en el camino. Otras aguas se encargarán más adelante. En esto los ríos parecen estar de acuerdo con unas bellas palabras de Demócrito, otro de los primeros filósofos: “Preciso es que quien quiera tener buen ánimo no sea activo en demasía, ni privada ni públicamente, ni que emprenda acciones superiores a su capacidad natural. Debe, más bien, tener una precaución tal que, aunque el azar le impulse a más, lo rechace en su decisión y no acometa más de lo que es capaz, pues la carga adecuada es más segura que la grande”.

Los métodos del agua no solo son más seguros sino menos esforzados. Aun así, el hombre lo desestima. Cree que hay que emplearse más allá de sus capacidades, cuando entregarse es solo darse tal cual se es. Al contrario, se plantea una y otra vez la idea de quebrar sus límites, aunque en la mayoría de los casos ello solo trae consigo intranquilidad y agitación interior. Exigirse se ha vuelto un mandato en nuestra sociedad, como condición para llegar más lejos. Pero tan solo se trata de fluir, como hasta ahora ha sabido avanzar la naturaleza.

Así lo demuestran las aguas al dejar su huella en el mundo. Es tan vital y extendida su presencia que casi ningún lugar de la superficie de la Tierra ha estado exento de haber sido moldeado por ella. El agua busca un surco para correr y gracias a ese sencillo ejercicio se ha encargado de dar apariencia a la mayor parte de los paisajes de nuestro planeta:

una hendidura entre colinas bañada en el fondo por un arroyo. No importa que corra actualmente por allí, o que lo haya hecho en el pasado remoto, su huella es imborrable.

Los ríos van destruyendo las montañas y las van llevando grano a grano hasta el mar. Y es seguro que lo lograrán, en algún momento de su paso por este mundo. Solo las fuerzas interiores de la Tierra les pueden hacer frente, levantando nuevas montañas. De no ser por ellas, los paisajes que vemos serían planos. Pero los ríos no se quejan de que las cordilleras se eleven de nuevo, pues, aunque a primera vista hagan que su labor parezca inocua, en realidad les permite asegurarse la eternidad. En planetas donde su agua dejó de correr hace tiempo aún es posible observar los surcos, los valles, los caminos de sus antiguos recorridos.

Era tan exigua la cuenta de mis dos tazas de café, que el billete de más baja denominación la cubría con amplitud. No había con qué pagar esa preciosa compañía. Estoy seguro de que, sin la presencia de las dos mujeres, el río no me habría hablado de la manera que lo hizo. Como verdaderas musas, me susurraron al oído la intimidad de la corriente. No en vano se dice que, en las épocas más antiguas, las musas eran las mismas ninfas inspiradoras de las fuentes de agua. Me despedí de ellas con la debida reverencia. ☺

\*Este texto hace parte del libro *Grávido Río*, Editorial Eafit, 2019.

**Boston Bar Café**  
Cra 42 con ClI 54 • Caracas con Córdoba  
Atendido por John Jaramillo, su propietario

**Bebidas y comidas**

UC invita al lanzamiento de

**Piel de conejo**  
DAVID EUFRASIO GUZMÁN

El primer libro de nuestro asistente editorial, David Eufrasio Guzmán, publicado por la Editorial Eafit.

**Domingo 15 de septiembre, 5 p. m., Salón Restrepo, Jardín Botánico de Medellín**

# UN PAR DE BALAS

por JUAN FELIPE GÓMEZ

Ilustración: Laura Mejía-Posada

Papá tuvo que pagar las balas. Fueron dos. La segunda a la cabeza. Entonces el perro nos miró y mamá se echó a llorar. La inyección letal que mi hermano había intentado aplicarle solo lo hizo sufrir más. La vena en la pata derecha del animal era huidiza y mi hermano, que apenas había aprendido algunas cosas de veterinaria en el bachillerato agropecuario, estaba tan nervioso como yo desconcertado. Con diez años no entendía qué era moquillo nervioso y mucho menos comprendía que tuviéramos que matar a Yaco. Sin embargo, después de un rato de ver sufrir al animal, la idea de llamar a un policía para que le pegara los tiros fue mía.

La llegada de los fila brasileiros al pueblo fue todo un acontecimiento. Desde que recordaba en mi casa habíamos tenido perros, pero nunca había visto uno de esos, ni siquiera en las revistas que mi hermano compraba cuando se aficionó a la veterinaria. Parecían terneros, decía la gente mientras el hombre del overol los paseaba por las calles, cada uno con una canasta entre sus dientes. El hombre del overol se llamaba John, y era el criador-entrenador, lo supimos cuando empecé a comprar inyecciones y concentrado en el pequeño almacén que mi hermano había abierto en el pueblo. La manera de dirigirse a los perros y un corte de pelo al ras lo delataron como exmilitar. Había establecido el criadero en una finca cercana y andaba convenciendo a la gente de que le dieran una oportunidad a esa hermosa raza. Así decía: hermosa raza. Los trataba con una mezcla de ternura y violencia que causaba desconfianza.

El hombre empezó a decirle a mi hermano que comprar uno sería bueno para el negocio y para la familia. Le ofreció un cachorro con un paquete de entrenamiento que a mi hermano le pareció un gangazo, aunque no podía pagarlo de contado. Consultó con papá, que aceptó a regañadientes. Le advirtió que el adiestramiento era fundamental para que el animal aprendiera a comportarse y tener un tiempo específico para mear y cagar. La casa era pequeña, sin patio, y sería insoportable si el perro no se acostumbraba a un horario para hacerlo afuera.

Mi hermano empezó a pagar cuotas quincenales. Como el cachorro era de una camada reciente, tendríamos que esperar algunas semanas para las fotos y demás antes de tenerlo en casa. Acordó con John que mientras el cachorro destetaba, él podría llevarlo cada ocho días al pueblo, o ir a la finca si prefería y verlo con la camada completa y en sus primeras sesiones de entrenamiento. Después de dos sábados de ver al cachorro llegar dentro de una canasta que cargaba uno de los machos adultos en su boca, lo que causaba aun más revuelo en el pueblo, mi hermano convenció a papá de que fuéramos a la finca a verlo con la mamá y el resto de la camada.

Desde el portal, a la orilla de una carretera sin pavimentar, se escuchaba el concierto de ladridos. Hicimos el recorrido desde el pueblo a pie y me gustó pensar que ese podría ser un buen plan para los sábados, al menos mientras el cachorro estaba listo para irse con nosotros. John nos recibió en el corredor de la finca después de enjaular a los dos perros que estaban sueltos y siempre lo acompañaban. Nos guio por un sendero hasta las perreras donde estaban las nuevas crías. Escuchamos historias de partos, muertes prematuras y canibalismo. Echada en la última perrera una madre amamantaba a siete cachorros. Yaco sobresalía por ser el más oscuro y llevar un brazaletes con su nombre. Mamá tomó algunas fotos de la camada completa antes de que John sacara a Yaco tomándolo por el cuero, lo que provocó un chillido seco.

—Es la forma de cogerlos —dijo ante nuestra expresión de pesar—. Son perros imponentes y hay que moldearlos el carácter desde cachorros, de lo contrario tendrán un gran animal con comportamiento de señorita.

A pesar de la advertencia, con la que confirmamos el delirio militar del criador-entrenador, en esa visita todo fueron mimos, ternura y felicidad, así lo confirmamos nuestras caras en la foto que le pedimos a John que nos tomara y que solo veríamos revelada varios meses después del sacrificio de Yaco: mamá, papá, mi hermano y yo sosteniendo al cachorro frente a la perrera donde se alcanzan a ver la madre y los otros cachorros.

Tres semanas después, ya destetado, recibimos a Yaco en casa. Era un cachorro increíblemente grande. Al entregárnoslo, John hizo una breve demostración de lo que había aprendido en el entrenamiento: sentarse, echarse, dar la mano, quedarse en un mismo sitio hasta no recibir la orden de moverse. Lo básico que nunca va a olvidar, nos dijo John. A papá le pareció una estufa, pero todos estábamos fascinados con los cordiales y torpes movimientos de Yaco y nos turnamos, incluido papá, para pedirle la mano una y otra vez.

Lo de la caca y el pipí fue la otra parte del entrenamiento que no dejé muy satisfecho a papá. Durante casi un mes la casa estuvo empapelada hasta que Yaco empezó a avisar para que lo sacaran, a veces hasta dos veces en la noche. Llegamos a pensar que el frío de algunas madrugadas había sido la causa del inicio de las convulsiones.

En veinte días Yaco estaba en los huesos y las convulsiones se agudizaron. Después de gastar horas en internet haciendo consultas y comprar un diccionario básico de enfermedades caninas, mi hermano decidió ir a buscar a John a la finca, pues desde que entregó el cachorro no había vuelto por el almacén. Pensamos que si conocía tan bien la raza sabría cómo hacerle frente a esos síntomas que nos partían el alma a todos. Me dejó acompañarlo. No

escuchamos ningún ladrido, ni siquiera cuando atravesamos el portal. Llegamos al corredor de la casa y después de varios llamados vimos abrirse una de las ventanas. Una mujer morena nos dijo que en la finca ya no funcionaba el criadero. No sabía de John, o no quiso darnos pista alguna. Antes de atravesar el portal de regreso, los dos echamos un vistazo al sendero que conducía a las perreras. Vi a mi hermano bajar la mirada y apretar los puños.

La noche que tomaron la decisión, papá recordó los perros que había tenido de joven y el primero que había sacrificado con sus propias manos, un perro ajeno. Nunca lo habíamos escuchado hablar de eso. En un tono solemne recordó que en la finca del abuelo habían tenido un perro criollo que después de viejo le dio por comerse las gallinas.

—Era el perro del mayordomo, pero para quedar bien con mi papá empecé a planear cómo deshacerme de él —nos contó—. Después de una tarde en que el viejo discutió muy fuerte con el mayordomo por el asunto de las gallinas, llegando incluso hasta las amenazas mutuas, pensé que era mi deber hacer valer la autoridad de mi papá. Como Caruso —así se llamaba el perro— me seguía a todos lados cuando salía de la casa, decidí que esa noche podría cometer un acto de justicia que dejara contento al viejo. Con la disculpa de ir a cazar luciérnagas, salí después de la comida mientras papá y mamá veían las noticias. En una mochila eché un frasco de vidrio, un colador de tela y, sin que papá se diera cuenta, uno de los lazos para amarrar leña. La casa principal y la del mayordomo estaban separadas por un terraplén que atravesé a tientas. Caruso dormía en una casucha de madera y zinc que el mayordomo había levantado al lado de un naranjo. Al acercarme lo escuché gruñir, pero rápidamente me reconoció y se me acercó meneando la cola. Lo invité a que me siguiera y nos metimos por el cafetal hasta un guamo donde a veces me columpiaba. La noche estaba clara por la luna y podía ver el amarillento pelaje del perro entre los palos de café. Se perdió por un par de minutos, seguro a hacer sus necesidades, y aproveché para sacar el lazo de la mochila y lanzarlo por encima de una de las ramas del guamo. Le hice uno de los nudos corredizos que papá me había enseñado y probé la resistencia de la rama y del nudo con un jalón. Escuché a Caruso moverse entre la hojarasca y lo llamé con un silbido suavecito. Al acercarse lo agarré por el cuero del lomo y le pasé el lazo por el cuello. Como no estaba acostumbrado a estar amarrado, empecé a forcejear con desespero. Antes de que empezara a chillar más fuerte, me enrollé la otra punta del lazo entre las manos y tirando el peso de mi cuerpo hacia atrás levanté al animal a la altura de mi cara. El peso y el pataleo del perro por poco me hacen caer, pero me sostuve con fuerza hasta que el chillido y los

movimientos se extinguieron. Un disparo al aire me hizo soltar el lazo bruscamente y el cuerpo del perro cayó como un bulto. Entre el cafetal apareció el mayordomo apuntándome con su escopeta. Sentí miedo, y la sangre se me acabó de helar cuando vi a papá aparecer apuntándole con su revólver al mayordomo. Se está muriendo, interrumpió mamá. La habíamos escuchado decir eso siempre que Yaco empezaba a convulsionar. Entonces lo rodeábamos y ahogados de pesar esperábamos que de verdad fuera la última vez. Pero el animal reaccionaba y como por inercia se paraba, se dejaba caer de nuevo y quedaba echado meneándonos la cola y mirándonos con ojos brillantes. Esta vez fue lo mismo, pero ellos —papá, mamá y mi hermano— habían tomado la decisión.

Mi hermano cogió las llaves del almacén y salió de la casa. Volvieron en menos de diez minutos con una bolsa de papel. Sacó de ella una jeringa y un pequeño frasco de tapa azul. Ya le temblaban las manos y le costó llenar la jeringa. Dejó caer el frasco y me apresuré a recogerlo. Leí: Pen-to-bar-bi-tal So-di-um. Era lo que se recomendaba en la última consulta que había hecho en un vademécum virtual, y la última inyección que hacía para Yaco con la venta del surtido que quedaba del almacén. Había quebrado.

Papá sugirió que lo lleváramos a un lote baldío donde de una vez lo pudiéramos enterrar. Dudamos que caminará, pero cuando mi hermano le mostró el lazo de pasear se esforzó para

levantarse. Pienso en ese recorrido de tres cuerdas hasta el lote baldío como el viacrucis de un condenado: mi hermano adelante con Yaco arrastrando su desproporcionado cuerpo de cachorro en los huesos; atrás mamá, papá y yo arrastrábamos nuestro pesar, aunque era mamá la que apenas dejaba escapar algunos sollozos. Unos cuantos vecinos no se quedaron con las ganas de averiguar qué pasaba con el perro, y al escuchar la cortante respuesta de papá, “vamos a sacrificarlo”, regresaban a sus casas, algunos condolidos, otros santiguándose.

Al cabo no faltaron los chismosos que también vieron padecer al perro por la torpeza de mi hermano, y que se sorprendieron pero apoyaron cuando dije que por qué no llamábamos a un policía para que le pegara un par de tiros. Así sufriría menos. Fue la idea con la que papá se fue hacia la estación de policía después de mirarnos un minuto a mamá y a mí, y de consolar a mi hermano con una pala en la mano. Le pidió a mi hermano que se alejara del cuerpo del perro. Al llegar, imagino que por rutina, los dos agentes disponibles inspeccionaron la escena a la que ya habían llegado más vecinos curiosos. Uno de los policías se acercó a Yaco y verificó la vena medio destrozada. Con cara severa le dijo a mi hermano: Para aplicar el pentobarbital hay que tener buena mano. Después se dirigió a papá y le preguntó si estaba seguro. Papá nos miró a mamá, a mi hermano y a mí, y asintió. En ese caso, tendrán que pagar las balas, por lo menos dos para estar seguros, dijo el otro policía y desenfundando su revólver se lo pasó al primero, que llevaba una arma larga terciada en el hombro con la que seguro no le iba a disparar al perro. Después de revisar el tambor del revólver nos pidió que nos alejáramos unos metros, apuntó a un costado del animal y disparó. El morbo nos hizo acercar después de la detonación y fue entonces que vimos la reacción refleja de Yaco: se alcanzó a parar y emitió un breve chillido que se ahogó con el segundo disparo, ese a la cabeza. Mientras se desplomaba alcanzó a lanzarnos una mirada que quise asumir como de despedida y provocó el llanto descontrolado de mamá. Cuando papá pagó las balas los curiosos se dispersaron. Se turnó con mi hermano para cavar el agujero mientras mamá lloraba y vaciaba en la tierra lo que quedaba de la jeringa. Agarrando el pequeño frasco, me pregunté qué quiso decir el policía con tener buena mano para aplicar el pen-to-bar-bi-tal. Lo lancé al agujero cuando ya papá empezaba a echarle tierra al cuerpo de Yaco. ☹



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

## LA PUERTA EN EL MURO

Narrador: Prologoito tal vez oportuno para una narración que no cupo. Pero no se descarta.

Pasé durante muchos años mis vacaciones escolares en Sabaneta, en una pequeña finca familiar situada a un kilómetro de lo que hoy llaman casco urbano. Había bastantes en la zona, separadas por una invisible Línea Maginot: antes de llegar a la plaza y después de ella. La nuestra se ubicaba entre las segundas. No alcanzaba las tres hectáreas y en su mejor momento tenía dos vacas, dos caballos y un perro. Pero esta es otra historia.

Sabaneta era por entonces un corregimiento de Envigado, blanco, tranquilo y quieto; no se alzaban allí edificios ni decibeles, todo era discreto, incluyendo la iglesia. En la mitad de la plaza había una venta de tintos y gaseosas; después de la misa dominical, en ella tomábamos jugos los veraneantes, y mirábamos a los ricos del pueblo, de impecables arrees paisas, ventrudos, limpios como una patena, descalzos los pies.

Libres de endogamias o similares, abundaban los Montoya, los Vásquez, los Ossa, los Vasco. No había bobo del pueblo, pero sí ladrón de cabecera, Empella, al que ponían a la sombra un par de días cuando algún robo de cierta importancia aireaba el cotarro; después salía libre, con su fama de buen ladrón a cuestas.

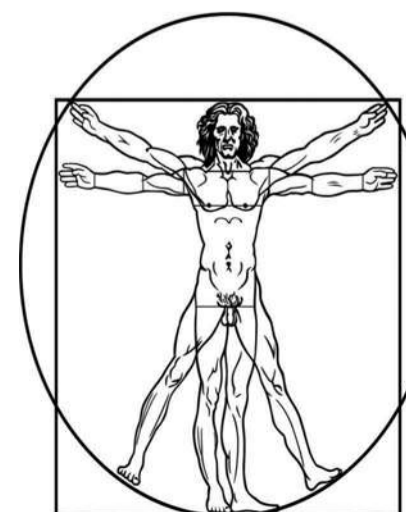
A dos cuerdas de la plaza, saliendo hacia Medellín, quedaba (tal vez queda aún) el Bombay; una cafetería en el día, una cantina en la noche, cabeza de la única bomba de gasolina del pueblo. El dueño, un Montoya, tenía varios hijos; uno de ellos “dio el salto”, pisó la universidad, se graduó de arquitecto. Su paso por las aulas no logró borrarle su cerrado acento campesino; tal vez por eso se ganó sin apelación en la gran ciudad el remoquete de Sabaneto; le hacía a la política, y por esas vías llegó a ser alcalde de Medellín. Tras esa hazaña hemos de abandonarlo, pues nada volvíamos a saber de él.

Pasados mil años, el Bombay sirvió de locación para una escena de *La Virgen de los sicarios*, película de Barbet Schroeder sobre la novela homónima de Fernando Vallejo. Esa circunstancia me animó a visitar con algunos amigos la reactualizada cafetería; estaba igual a la de mis recuerdos. Mientras nos servían aguardiente jugué con la idea de que los ocupantes de las otras mesas acaso fueran los mismos que las ocuparon en mi adolescencia. Ya bien aperado de guaros, y porque andábamos en carro, invité a mis compañeros a echar un vistazo a la finquita de mi pasado. Pero los tragos, por una parte, y por la otra un municipio aquejado ahora de gigantismo me jugaron una mala treta, y no pude encontrar la puerta en el muro.

### CODA

*Guayacanal* es el último libro de William Ospina, memorias que el autor, por razones secretas, califica de novela. Son tan bellas como interesantes, aunque a veces asome demasiado la nariz la tentación poética. En fin, a mi modesto juicio, el párrafo final es uno de los más hermosos escritos en Colombia en los últimos años:

“Después nos fuimos muy lejos, y las sirenas nocturnas de la ciudad nos dijeron que no habíamos ganado un cielo, pero que ya, definitivamente, habíamos perdido un mundo”. ☹



VICTOR AGUDELO E.

Medicina alternativa

Manejo del dolor agudo y crónico

Citas: 321 696 3676  
vagudelo@hotmail.com

# PRIMER RECUERDO

por NATALIA MAYA

Ilustración: Puño

“El primer recuerdo de mi vida es de cuando tenía once meses. Sí... once meses. El de la falla a usted entonces, si el suyo apenas fue a los cuatro años”, le contesté esa vez a Pablo cuando me interrumpió. Alegaba que era imposible guardar un recuerdo de una edad tan temprana. Estaba parada de espaldas al tablero y leía el ejercicio que nos había puesto el nuevo profesor. “Pablo, hágame el favor de guardar silencio. Continúe, niña”, me dijo el profe, así que proseguí:

Alguien encendió la luz de la habitación en la que yo estaba. Era una luz que venía de arriba, como del techo. Cuando sentí ese brillo directo en la cara se me encandilaron los ojos. Estaba dormida. Enseguida escuché una discusión entre dos mujeres. Una de ellas se acercó hasta donde yo estaba, que me parece era una cuna, por la manera como tuvo que agacharse para levantarme.

La luz la encendió mi madre. Eran como las once de la noche. Su amiga, que en ese entonces vivía con nosotros, se levantó de un tirón de su cama: “Ángela, por favor, no me despertés a la niña, ve que casi no la duermo, ya está cambiadita, mañana la saludás, ¿sí?”. Nada qué hacer. Mi mamá me sacó de la cuna, empecé a llorar y también me hice pipí desde el instante mismo en que me levantó en sus brazos. Esa historia me la contó su amiga pocos días después de que la recluyeran en el hospital, de esa manera fue como corroboré que era cierto ese vago recuerdo que estuvo por años en mi inconsciente.

No guardo en la memoria el olor de mi madre esa noche, supe tiempo después que era a licor. Por esa época ella le daba duro a la bebida. Seguramente aquella vez regresaba cansada de desmentir rumores y dar la pelea a mi padre con esos abogados: llegaba transida de

dolor, de ese dolor que cruza de costado a costado, y se enmarca en la traición y la falta de compasión por la dignidad del otro. De ese tamaño fue la herida que mi papá le propinó a mi mamá. Esa noche, como otras tantas, me llevaba a su cama y yo lloraba hasta que las dos nos quedábamos dormidas. Casi todas las veces, ella también lloraba.

El profesor nuevo de Religión, que llegó a sustituir al que echaron en marzo por pasarse de manilargo con las alumnas, nos puso ese ejercicio de escritura para la primera clase. Y fue así, a rajatabla, dos minutos después de presentarse. No tengo claros los recuerdos de los otros compañeros, pero sí me acuerdo de la reacción de Capeto, que se paró de la silla, miró al profesor nuevo a los ojos, le dijo que a él no le daba la gana de acordarse de ningún recuerdo y salió del salón, con su caminar pausado y sin tirar la puerta.

En 1986 ya me habían echado de tres colegios. De todos por disciplina. Ese año había ido a parar al Gimnasio Tagore, el más laxo de los colegios de Medellín en esa época, y, por supuesto, el primero en la lista de los necios, como yo. Allí confluíamos tanto los que veníamos de colegios privados como los que venían de los oficiales. Dos clases

sociales que habitaban en polos opuestos de la ciudad se reunían en aquel espacio sin que se percibiera una gran diferencia. O tal vez una muy sutil, y era que cuando algunos de los compañeros se escapaban de clase por las mañanas, iban a relajarse en la piscina de algún club o en las de sus casas. Los otros, cuando lo hacían, era casi siempre para hacer una “vuelta”. En un momento de la historia, ambos se volarían para hacer las mismas cosas.

Lo de las vueltas empezaba temprano en la mañana, cuando se hacía esa exhibición de motos, que se venían picando desde la cuadra de arriba, mientras los demás observábamos sentados en los escalones de la puerta del colegio. Otras vueltas conocidas, y esas más legendarias, pasaban cuando alias Tomate llegaba al colegio perseguido por la policía y entraba a clase con los tomates pisándole los talones. Los agentes se tenían que quedar en la puerta del colegio y no se iban hasta después de las diez de la mañana, cansados de esperar que el Tomate intentara volarse. Tiempo después, pero mucho tiempo después, advirtieron que todo el primer trimestre se les había volado por el alambrado de atrás, que lindaba con el edificio Mónaco de Pablo Escobar. Para ese entonces habitado por su familia y en todo su esplendor.

No me acuerdo de alias Tomate no sé si en los dos años que estudié allí todavía estaba, tampoco tengo compañeros que me lo corroboren, todos están muertos o se perdieron por la vida, digo. Por ejemplo, el que me contó esa historia del Tomate, ya está muerto. De lo que sí me acuerdo, porque de alguna manera me marcó, es lo que pasó ese año con el profesor de Religión. Atrás conté que al otro profesor lo echaron como en marzo, en mayo contrataron al nuevo para que pusiera las notas y avanzáramos con los contenidos de la materia. Al menos eso fue lo que dijo Álvaro, el director del colegio, cuando lo presenté.

Eramos once en el salón: nueve hombres y dos mujeres. Lorena y yo. Ella venía de Envigado, iba muy poco a clase, aunque asistía con regularidad al colegio. Una vez recuerdo que regresó muy bronceada. Según nos contó, había estado en San Andrés con unos amigos. Todos los días de esa semana estrené tenis Reebok, cada día un color diferente: rojos, azules, amarillos, blancos y rosados, que iban a juego con la mochila del mismo color. Aunque dichas combinaciones no le cuadraban con el uniforme del colegio, poco le importaba, se sentía dichosa por haber conocido el mar y por la cantidad de regalos que le habían dado en ese paseo. Lo que no se supo fue si llegó enamorada, nunca lo mencionó. Esa vez faltó como dos semanas a clase, les traje de a paquete de Snickers a cada uno de los profesores. La última vez que la vi fue como a mitad de año, no volvió al colegio. Hubo quienes comentaron que estaba embarazada, otros que se había ido para la USA cargada. Muchos años después, alguien que la conocía de Envigado me contó que la habían matado. Dejó una niña como de seis años.

Lorena ya no estaba cuando llegó el profesor nuevo. Era yo sola con nueve compañeros. No pasó nada extraordinario en esos dos meses que no hubo clase de Religión, algunos nos quedábamos en el salón, otros se escapaban y no volvían hasta el otro día. De pronto una vez sí pasó algo, aunque tengo el recuerdo

brumoso. En esos espacios de tiempo vacíos, sin profesor y sin clase, una vez vi a Capeto aspirar cocaína sobre el pupitre, hacía cada línea con el carné del colegio y luego las esnifaba sin aspavientos ni premura. Estábamos en sexto, en ese entonces yo tendría unos trece años, y él como diecisiete. Para la clase siguiente, que era Sociales y que dictaba una profesora Silvia, a la que le decían Chimbía —nunca supe si porque jodía mucho o porque estaba muy chimba—, Capeto se dedicó a flirtearla y a hacerle cumplidos, que a ella no parecían gustarle, estaba como nunca de atento y parlanchín. Esa vez fui testigo de que le pusieron cinco porque sí. Aunque a él casi todos los profesores le ponían buenas notas porque sí.

Aparte del ejercicio del recuerdo, las clases con el profesor de Religión quedaban un poco como en el aire. A veces llegaba al salón y nos pedía que abriéramos la Biblia en el Evangelio de san Juan, capítulo 8, versículos 1-11, por ejemplo. Media hora después se aparecía con una Coca-Cola en una mano y un cigarrillo en la otra, “¿Qué dice, pues, el Evangelio de san Lucas?”, nos preguntaba. Otras veces nos decía que leyéramos el Evangelio que quisiéramos y que luego vendría a preguntar. Nunca volvía.

“Cuánto, cuánto pide”, escuché que le dijo Pablo al Topo. El profesor de Religión había salido del salón y estaba parado en las escaleritas que conducían al sótano. Uno a uno, por lista, nos hacía llamar.

“Hey, préstame cinco lucas que mañana te las pago”, “Cape, a mí también, mañana arreglamos”, le decían algunos de mis compañeros a Capeto, que como ellos mismos decían, “Era el más ganado del salón y del colegio”. Y sí que lo era, porque los profesores lo respetaban, tal vez ya nunca sepa cuál era su alias, ni qué fue de su vida, si es que todavía vive. Conmigo siempre fue cariñoso, alguna vez que me lo encontré en una Feria de las Flores en la Setenta, dejó a todos los amigos con los que tiraba voladores y emborrachaba un caballo con aguardiente, y se acercó para saludarme.

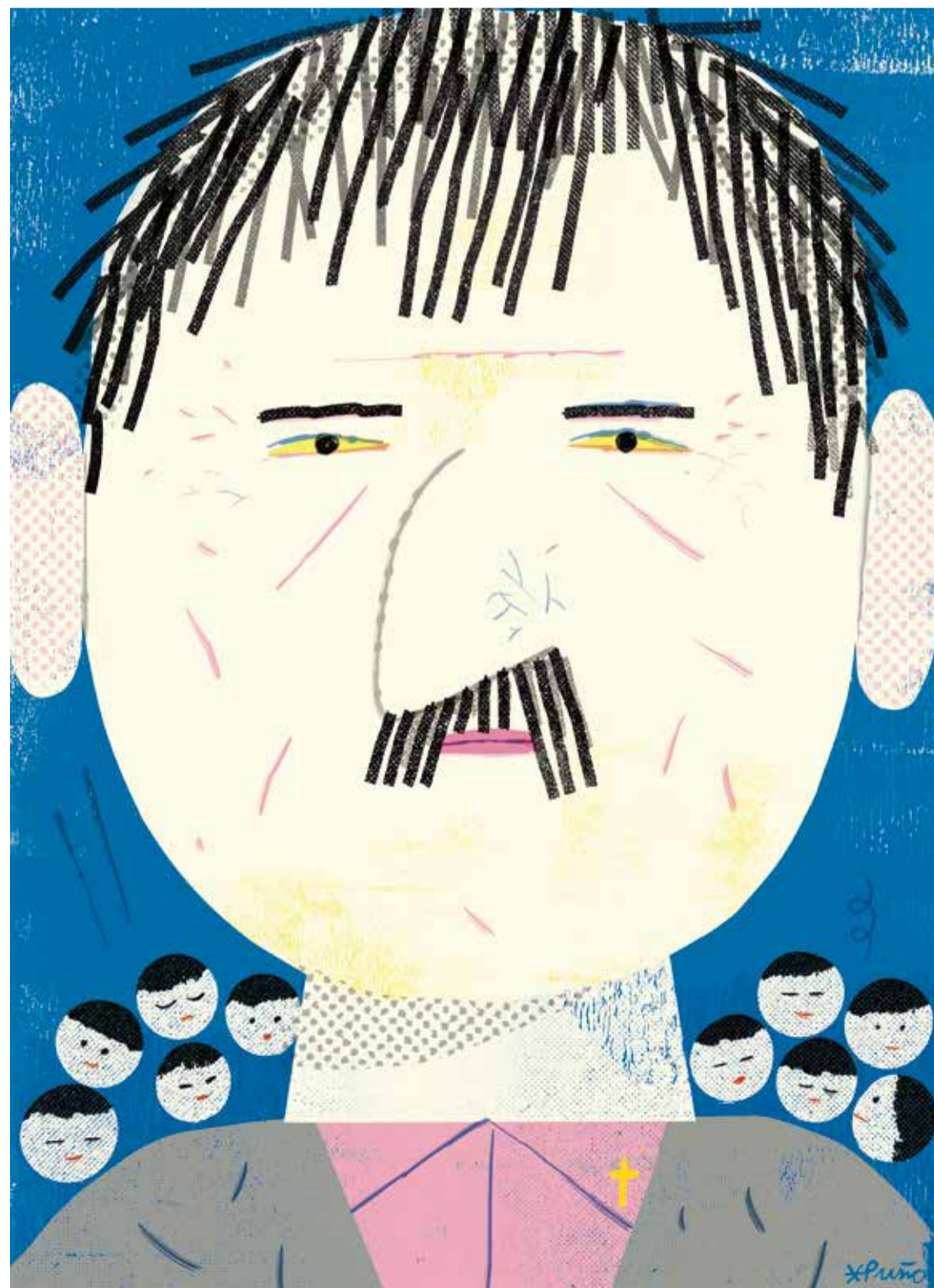
“Miamor, venga yo le doy pa que ligue a ese man y ganemos el año los dos”, me dijo Capeto esa mañana en el colegio. Y era que hasta ese momento todavía no captaba lo que estaba pasando. Cuando por fin lo entendí, el profe ya iba en la L, seguía yo. Bajé las escalas del sótano con susto, todavía no podía creer que fuera a ser testigo de semejante acto. Cuando me le acerqué al profe, agachó un poco la cabeza, bajó el tono de la voz y me preguntó, como a los otros, que con cuánto le iba a colaborar. Le alcancé a percibir cierto tufo a alcohol y cigarrillo. Tenía los labios muy delgados, una nariz aguilera de cuyas aletas se asomaban unas venitas azules diminutas que formaban ramificaciones y unos ojos tan pequeños, que no parecía que tuvieran más de diez milímetros de diámetro. El cabello negro lacio le caía en una especie de capul sobre la frente. Me quedé mirándolo, no miento cuando digo que su rostro pareció sonrojarse. Recuerdo que no me sentí indignada, eso sería después, porque en ese momento me pareció estar frente al hombre más miserable del mundo. “No tengo plata”. “Muy bien, puede irse”, me respondió, y pude ver que anotaba algo en la planilla.

Perdí Religión. Debía quedarme para habilitar con otro profesor, porque al corrupto también lo echaron. Fue la única del salón que se quedó para habilitar esa materia. Nunca pensé en denunciarlo, no sé si alguien lo hizo. Entre los compañeros acordamos no hacerlo, porque si lo delatábamos, todos tendríamos que habilitar la materia, y a algunos hasta les daba perdido el año. Desde esa época tuve claro que podría llegar a ser cualquier cosa en la vida: sería bandida, puta, borracha y desalmada, maleva y mentirosa..., pero nunca vendida, sapa, ni lagarta. Los directivos no mencionaron el tema del profesor de Religión, se rumoró que lo echaron por borracho.

No fui el día de la habilitación. Si tuviera que dar una excusa razonable para explicar mi ausencia, no la tendría. O tal vez sea que no quiero recordarlo. Esa noche volví a la casa tarde: le temía al regaño. Cuando llegué mi mamá ya lo sabía, la llamaron del colegio para informarle que no me presenté a la habilitación, que me darían otra oportunidad y no me iban a echar, pero que tendría que repetir el año.

Las luces de la casa estaban apagadas. Con cautela entré a su habitación. Me acerqué a su cama, me quité los zapatos y busqué resguardo a su lado. Ella no dio indicios de estar despierta. A pesar de eso, me le acerqué al oído y le susurré: “Mami... perdí el año”. Pasaron tal vez diez minutos antes de que diera media vuelta y con la mirada perdida en el techo, me contestara: “Qué se va a hacer, hija”. Las dos nos quedamos un rato largo en silencio. Antes de caer dormida, pasé mi brazo alrededor suyo. Para ese momento de nuestras vidas, ya ninguna de las dos lloraba. ©

\*Este texto hace parte del libro *Los otros siempre tienen la razón*, Rey Naranjo Editores, 2019.



¡Aprende francés, el idioma de las oportunidades!

Sedes: Aguacatala | C.C. Molinos | Centro | 444 2620 | 316 448 9149  
Consulta nuestra programación cultural en: medellin.alianzafrancesa.org.co



Calle 33 66B-142 (cerca de la glorieta de Bulerías)  
tel: 2653283

# Iceberg masivo

**Las** imágenes que acompañan este texto fueron hechas por el fotógrafo Juan Fernando Ospina a lo largo de varios años, aunque son solo una pequeñísima fracción de su archivo; apenas el ápice que sobresale por fuera del agua de un iceberg masivo y voluminoso que se extiende hacia todos lados y está lleno de aristas.

Se trata de un trabajo que empezó al final de la década de los ochenta y ha continuado hasta hoy. No es broma: una de estas fotos fue tomada hace un par de meses, pero comparte de igual a igual con otra de hace seis años, y con otra de hace quince, y con otra de hace treinta, como la de la mujer y el edificio Coltejer, una fotografía que fue una suerte de ícono local cuando la vimos por primera vez con los ojos impresionables de los noventa, a pesar de que para entonces ya habíamos visto tanto.

Todas estas imágenes, en el buen sentido de la palabra, se parecen. O mejor: están ligadas por una estética similar —la calle como un gran estudio fotográfico, rebotante de personajes y utilería real— y representan una búsqueda sistemática y serial del fotógrafo que se ha pasado la vida reconociendo y señalando la belleza a menudo confusa y rara que producen los ecosistemas humanos que llamamos ciudades. De ahí que un chicle opaco de esmog estampado contra el aviso rasgado de una turbia sala de masajes pueda ser retratado de una manera tan gozosa.

Estas fotos, junto al grueso del archivo, comienzan a formar parte de las colecciones que salvaguarda la Biblioteca Pública Piloto de Medellín en la Torre de la Memoria, el lugar donde se conserva buena parte del patrimonio fotográfico de la ciudad.



## IMPRESOS COMERCIALES LA PATRIA

Celebra con Universo Centro



UC 01 - Noviembre de 2008

UC 110 - Septiembre de 2019

# 11 años,

110 ediciones de Universo Centro  
impresas en **LA PATRIA**

Desde nuestro primer número hemos trabajado al lado de los amigos y aliados de la división de Impresos Comerciales de La Patria. Es allí, en las rotativas de Manizales, donde nuestro periódico empieza a dejar la mejor impresión.

**La Patria y Universo Centro, once años juntos. (2008 – 2019)**

CONTACTOS  
MANIZALES

Carrera 20 #46-35 • Teléfono: (6) 878 17 16 • Celular 320 727 3632  
E-mail: [impresoscomerciales@lapatria.com](mailto:impresoscomerciales@lapatria.com)

IMPRESOS COMERCIALES  
**LA PATRIA**

Impresión de periódicos, libros, revistas, publicomerciales • Producción de cajas plegadizas



Paraninfo, recinto de amadas presencias.  
Ágora de vida, ideas y libertad





Cuarta entrega de la serie *Medellín lado B*. Una bravuconada del alcalde de Nueva York en 1988, una amenaza contra una ciudad curtida por los estallidos. Algo de risa para apaciguar el drama.

# Bombardear a Medellín

por JUAN FERNANDO RAMÍREZ ARANGO



El Mundo, 5 de abril de 1988. Archivo Universidad de Antioquia.

El lunes 4 de abril de 1988 saldría al aire en el noticiero matutino de Caracol Radio, 6 a. m. 9 a. m., la entrevista que sostuvieron sus periodistas con Ed Koch, el entonces alcalde de Nueva York, conocido por ser tan adepto a las polémicas gratuitas como a las políticas duras, por lo que él mismo se tildaba de manera irónica como un “*liberal with sanity*”, o sea un “liberal con sentido común”, y a quien la revista *Time* había definido así: “Si Nueva York es un taxi, Ed Koch es su conductor: de mal genio, beligerante, dogmático, hablador, protector, franco y, posiblemente, loco. Por lo general, acelera y, a veces, conduce por la acera. Sus enemigos, según él, son estúpidos. A todos los que están al alcance de su voz, les pregunta: ¿Cómo me va? Dos de cada tres neoyorquinos le responden que bien”. La entrevista la había arreglado el alcalde electo de Bogotá, Andrés Pastrana, quien, en visita de cortesía a Nueva York, un día antes había convencido a Ed Koch para que, en 1989, realizaran en esa ciudad la primera conferencia internacional de alcaldes, que versaría sobre el tráfico de drogas y sus posibles soluciones. Y sería precisamente con una posible solución para ese problema global, acaso la más intransigente, que finalizaría Ed Koch su primera respuesta a la larga entrevista de nueve preguntas radiada por Caracol: “Si ustedes nos solicitan que les prestemos personal militar para bombardear a los narcotraficantes de la droga, yo estaría dispuesto a decir que sí. Si ustedes nos piden que les enviemos tanques de guerra para invadir a esa ciudad, ¿cómo es que se llama...?

Medellín, yo diría también que sí”. Al día siguiente, martes 5 de abril de 1988, haciendo énfasis en esa explosiva respuesta, tanto *El Mundo* como *El Tiempo* publicarían la transcripción de la entrevista bajo estos titulares: “Estoy de acuerdo con bombardear a Medellín” y “Apoyaría invasión de E.U. a Medellín” respectivamente. Titulares que pasarían inadvertidos en ambas portadas, porque estas y las del resto de periódicos del país se las robaba la masacre de Mejor Esquina, en Córdoba, la primera cometida por los paramilitares comandados por alias Rambo, o sea por Fidel Castaño, en la región Caribe colombiana, dejando un saldo de 28 campesinos muertos.

Un día después, el miércoles 6 de abril de 1988, *El Espectador*, en una noticia titulada “Lo de bombardear a Medellín es algo folclórico”, recogería las palabras del alcalde de Medellín, William Jaramillo Gómez, con respecto a las de Koch: “Creo que aquello hace parte del folclor de la campaña electoral del señor Koch para su reelección como alcalde de Nueva York. Él siempre ha sido bastante lengüisuelo y en esta ocasión se tomó atribuciones que son competencia del presidente de la república, muy posiblemente por la situación que tiene en Nueva York en relación con el consumo de droga, porque tal como lo dijo la revista *Time* hace varias semanas, la batalla contra el consumo se está perdiendo particularmente en esa capital, en donde el sitio denominado ‘Jamaica’ se ha convertido en el mayor dolor de cabeza de Koch. Lo demás es puro folclor”.

A propósito de *Time*, como si el narcotráfico hubiera hermanado a ambas

capitales, la del mundo y la de Antioquia, curiosamente quince días antes, el 21 de marzo de 1988, esa revista también se había ocupado de Medellín en un artículo titulado “*Welcome to Medellín, coke capital of the world*”. Allí, entre otras cosas, se decía lo siguiente: “Conocida localmente como la ciudad de la eterna primavera por su suave clima de montaña, se ha convertido en la ciudad de la eterna violencia, con más de 3000 personas asesinadas el año pasado, y una tasa de homicidios unas cinco veces superior a la de Nueva York y, probablemente, la más alta del mundo... Medellín es tan peligrosa que el consulado de los Estados Unidos fue cerrado en 1981 por razones de seguridad. La DEA, por su parte, retiró a sus empleados en 1984, y hace dos meses el Departamento de Estado lanzó un aviso advirtiendo a los estadounidenses no visitar esa ciudad”. Aviso que saldría a la luz inmediatamente después del magnicidio del procurador Carlos Mauro Hoyos, quien, tras haber sido secuestrado en el aeropuerto José María Córdova, sería asesinado de tres disparos por alias Popeye en una finca del oriente antioqueño. Hoyos había emitido días antes una orden de investigación sobre la liberación de Jorge Luis Ochoa, que, por un recurso de *habeas corpus*, había recuperado su libertad después de pasar 27 días a la sombra, en los que estuvo respaldado por la siguiente amenaza del cartel de Medellín que publicaría, por ejemplo, *El Colombiano*: “Si extraditan a Jorge Luis Ochoa declaramos la guerra total y absoluta contra los líderes políticos del país. Ejecutaremos a los principales

jefes de los partidos políticos”. “Esa liberación repentina —escribiría *Time* en su artículo sobre Medellín— enfureció a la Administración Reagan”. Y también había enfurecido a Ed Koch, y así lo haría saber en la referida entrevista con Caracol Radio: “Lo que más me desagradó, lo que más me molestó, fue cuando su sistema judicial permitió la salida de la cárcel de uno de los mayores traficantes de drogas, cuando nosotros les habíamos pedido que lo extraditaran”. Lo había molestado tanto que, días después de que *Time* sacara a la luz su artículo sobre Medellín, declarándola la capital mundial de la coca, Ed Koch publicaría en *The New York Times* una página, pagada de su bolsillo, contra Colombia, pidiendo que se cortara la ayuda de Estados Unidos a ese país. ¿Cuánto le costó esa publicación? Le preguntaron los periodistas de Caracol Radio. “Once mil dólares”, respondería Koch.

Un día después, el jueves 7 de abril de 1988, Al Donado, caricaturista de *El Espectador*, transformaría las palabras del alcalde de Medellín con respecto a las de Ed Koch, a saber, “Lo de bombardear a Medellín es puro folclor”, en una especie de meme, en el que Koch aparece de ruana y sombrero sosteniendo una bomba típica de historieta mientras exclama: “Pongo las bombas y me los pongo de ruana”. Además, el pie de meme, jugando con el heterónimo de la bacteria que causa la tuberculosis y su homónimo vacilar, o sea minimizando el asunto, restándole importancia a las declaraciones del alcalde de Nueva York, sería “El bacilo de Koch”.

Ese mismo jueves 7 de abril, en su tradicional sección de opinión “Ecos y comentarios”, bajo el irónico título “La genial propuesta de Koch”, *El Colombiano* por fin se ocuparía del tema: “Otra vez habló el alcalde Koch de Nueva York. Lo había hecho para pedir que se cortara toda ayuda económica a Colombia. Ahora lo hace para ofrecer bombas para lanzarlas sobre Medellín. Pero si somos más lógicos que políticos, porque él está siendo político y lo que busca es perpetuarse en la alcaldía de la ciudad de los rascacielos, deberíamos pedir que las bombas se lanzaran más bien sobre los consumidores que viven en varias urbes norteamericanas, especialmente en Nueva York, la capital del crac y de muchas otras cosas... Nueva York no es un dechado de virtudes. Hay mucha gente buena, como también la hay en Medellín, pero abundan los vicios y la criminalidad. Una bombita eliminaría no solo a los drogadictos y borrachitos sino a los homosexuales, al propio alcalde Koch, a los usureros, a los lavadores y atracadores”. Luego de destilar su inveterada homofobia, *El Colombiano*, en la siguiente página, la 5A, le daría continuidad a la anterior opinión a través de una caricatura firmada por Ricky, en donde una Estatua de la Libertad poseída por el espíritu de Ed Koch, además de estar fumándose un bazuco, difiere en dos simbolismos con respecto a la original: en lugar de la tabillita de las leyes que tiene grabada la fecha de la firma de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos, sostiene una

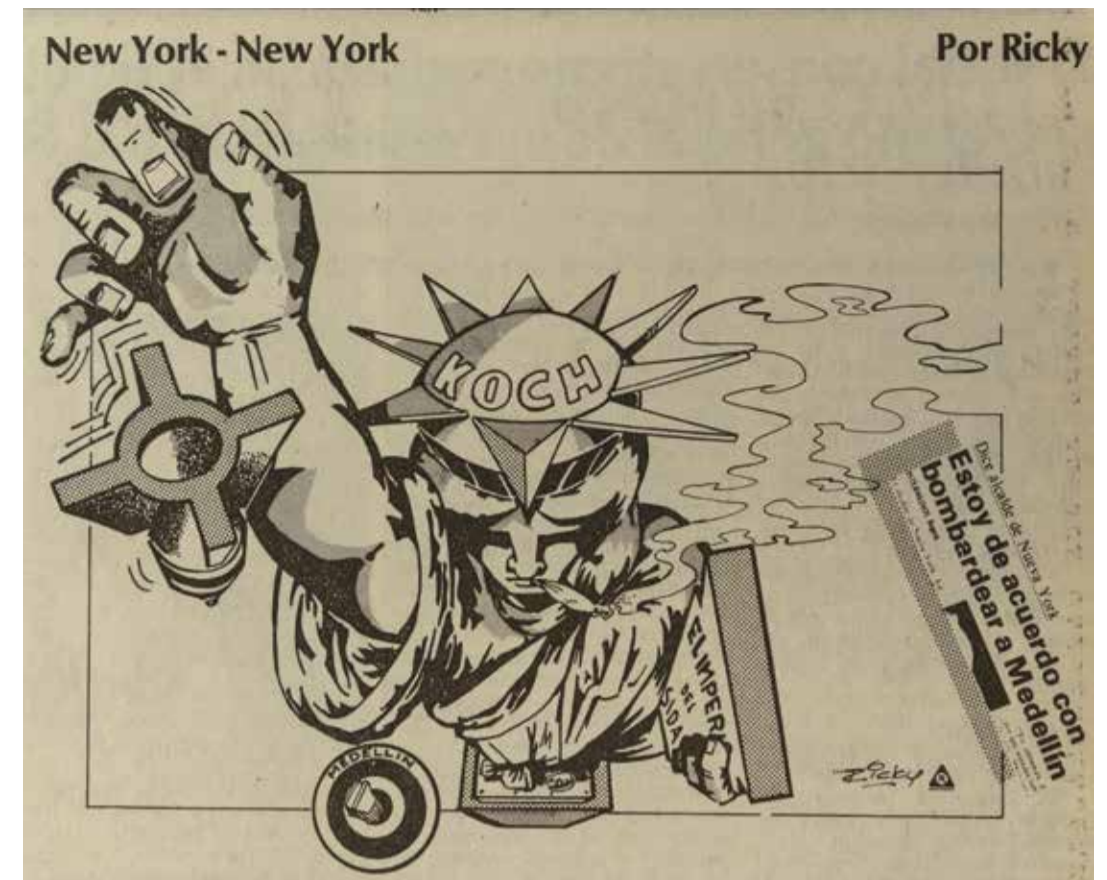


El Espectador, 7 de abril de 1988. Archivo Universidad de Antioquia.

que dice “Imperio del sida”, y en lugar de la antorcha encendida que remite al Siglo de las Luces, está soltando una bomba atómica sobre el Edificio Coltejer, corazón visible de Medellín.

Un día después, el viernes 8 de abril, *El Mundo*, en un artículo titulado “¿Y al alcalde de Nueva York quién lo ronda?”, remarcaría estas palabras: “Cuando el alcalde Ed Koch, entre la ignorancia y la fanfarronada, habla de invadir y bombardear a Medellín, tal vez olvida que el crimen organizado neoyorquino ha extendido su poder de decisión a importantes sectores de los 200 mil millones de dólares que mueve esa megaeconomía urbana. Se estima que la mafia controla directamente un 15% de la actividad económica, porcentaje que bien podría duplicarse si se agregan los negocios indirectos”.

Dos días después, el domingo 10 de abril, *El Colombiano* volvería a la carga a través de una columna satírica de Jaime Jaramillo Panesso titulada “Loco: ¡bombardear a Medellín!”: “...El señor Koch habla tamaño barbaridad porque no conoce a los colombianos y menos a los antioqueños. Ni mancos que fuéramos... ¿Se imaginan ustedes al posado alcalde de Nueva York desembarcando de un portaviones por los lados de Turbo, con las botas puestas y su R-15, con un enorme estandarte a sus espaldas proclamando su cruzada conquistadora en nombre de la iglesia presbiteriana o de alguna secta mormona, dando declaraciones para la CBS? ¿Se imaginan ustedes al gordito ese con su morral lleno de agente naranja descendiendo en paracaídas sobre el Barrio Antioquia, o sobre El Poblado, dizque presto a fumigar todos los solares y jardines de la prestante comuna? Quizás los vientos le hagan perder precisión en el salto y caiga entonces por los lados del parque de Envisgado, en donde, después de un emocionante grito a lo Tarzán, tome posesión en nombre de su majestad Ronald Reagan. Bastaría que le salga el espanto de Fernando González para que el paranoico señor Koch corra por la Loma del Chocho y allí lo rescate un helicóptero. Antes de alejarse bien podría la ciudadanía de ese municipio regalarle un baretto para que vuele bien alto”.



El Colombiano, 7 de abril de 1988. Archivo Universidad de Antioquia.

Finalmente, al día siguiente, lunes 11 de abril, *El Colombiano* cerraría el asunto en sus páginas para siempre con una columna de Miguel Zapata titulada “El gringo feo”: “Ed Koch, alcalde de Nueva York, sería prototipo para un libro que años atrás interesó al continente. Se llama *El Gringo Feo*. Es la crítica a ciertos personajes antipáticos de Estados Unidos que suelen complacerse asustando latinoamericanos. Parecen del barro de Teodoro Roosevelt, el que auspició el movimiento separatista de Panamá... Los Estados Unidos fueron más generosos con sus enemigos de hace medio siglo que con países que estuvieron a su lado. El plan Marshall permitió que Alemania e Italia se repusieran de modo que actualmente tienen postrado al mismísimo dólar. La actividad de MacArthur culminó dando a los súbditos de Hirohito el poder terrenal en proporción igual al que tenían en lo espiritual. A los países suramericanos, en cambio, les exige sumisión sin recompensa. Es la actitud actual frente a Colombia”.

Posdata 1: Lo que no sabía Ed Koch es que Medellín a la sazón ya estaba siendo bombardeada. Ese abril de 1988, por ejemplo, explotarían once bombas en esa ciudad, incluyendo una contra una sinagoga en El Poblado, otra contra la sede del Hare Krishna y una más contra el Colombo Americano. Y en general, desde el 13 de enero de 1988, día de la bomba contra el edificio Mónaco que iniciaría la guerra abierta entre los carteles de Medellín y Cali, hasta el 2 de diciembre de 1993, cuando sería abatido Pablo Escobar, en la capital de la eterna primavera explotarían 184 bombas.

Posdata 2: Un año después, en abril de 1989, en “Company Town”, polémico artículo de la revista *Rolling Stone* que sería amenazado de demanda por Juan Gómez Martínez, por entonces alcalde de Medellín, se informaría que la mafia de esa ciudad no se había cruzado de brazos ante las amenazas de Ed Koch: “En Nueva York, en octubre pasado, los agentes de la DEA arrestaron a tres sicarios, presuntamente en una misión de asesinato contra el alcalde Ed Koch. Posteriormente, se dijo que

otro nombre en la lista negra del cartel de Medellín era el del gobernador Mario Cuomo, quien, como Koch, había llamado la atención prometiendo ser duro con los traficantes de drogas. Parece que los métodos que han tenido tanto éxito en Medellín ahora se están exportando a todo el mundo”. Meses más tarde, finalizando ese 1989, Ed Koch fracasaría en su intento de ser elegido por cuarta vez alcalde de Nueva York, al ser derrotado en las primarias demócratas por David Dinkins.

Posdata 3: Veintitrés años después, en enero de 2012, en una columna de *Semana* titulada “Otra vez la farsa”, Antonio Caballero recordaría el tema de bombardear a Medellín gracias a un tuit de Álvaro Uribe en el que proponía que bombardearan a las bandas criminales: “La sugerencia de Uribe recuerda la que hizo hace veinte años el alcalde de Nueva York, Ed Koch: un bombardeo de alfombra que redujera a cenizas la ciudad de Medellín para acabar así con el cartel del mismo nombre y matar a su jefe, Pablo Escobar, con lo cual se acabaría el narcotráfico. Tanto Koch en sus tiempos como Uribe ahora parecen ignorar que el negocio del narcotráfico es eso: un negocio. No depende de la actividad de un hombre como Escobar o de un grupo como los Urabeños, sino de las condiciones del mercado: de la inmensa demanda universal que genera ganancias descomunales para la oferta, concentrada en unos pocos países tropicales productores de la droga, en este caso de la cocaína. Ignorancia inexcusable en quien fue alcalde de Nueva York, que es la primera consumidora de drogas del mundo, y en quien fue presidente de Colombia, que es el primer país productor”.

Posdata 4: Un año después, el 2 de febrero de 2013, *El Tiempo* anunciaría la muerte de Ed Koch reproduciendo el siguiente obituario de Reuters: “El exalcalde de Nueva York, Ed Koch, murió a los 88 años por una falla cardíaca. Fue elogiado porque en los 70, durante su primer mandato, sacó a la ciudad de la ruina fiscal. En Colombia, por su parte, es recordado por proponer bombardear a Medellín para acabar con el narcotráfico”.

**MEDELLÍN** nocturna, subterránea y convulsa.

¿Cómo es la ciudad que habita el archivo fotográfico de Juan Fernando Ospina?

Conversan Juan Fernando Ospina, Javier Mejía y Esteban Duperly.

Jueves 12 - 6:30 p. m.  
Salón Humboldt - Jardín Botánico  
Convoca: Biblioteca Pública Piloto en el marco de Fiesta del Libro

UNIVERSIDAD CENTRO bpp BIBLIOTECA PÚBLICA PILOTO

**Patricia Fuenmayor**

Asesora en seguros  
Tel. 3216402928 - 375 7300  
patfuenmayor@hotmail.com



Jorge Obando  
**Finca La Palestina - UPB**  
Fotografía  
1942

\*Facultad de química de la Universidad Pontificia Bolivariana en lo que hoy es la circular primera en el barrio Laureles en Medellín.



# Poemas inéditos

JOHN GALÁN CASANOVA

## 48 year old

48 year old:  
 como un whisky ultrafino,  
 como las cenizas de Jimi Hendrix,  
 como un Volkswagen escarabajo,  
 como una cadena perpetua,  
 como un bizcocho viejo.  
 48 años  
 para aprender a peinarme  
 y nada,  
 llevo despeinado a la calvicie.  
 El cerebro como un chicle demasiado masticado.  
 La sonrisa atada  
 al destino de la dentadura.  
 48 year old:  
 el pasado presente,  
 el pasado presente,  
 el pasado creciente,  
 el pasado reciente,  
 el pasado resiente.

## Las patas del pato

El pato se desliza  
 en el espejo del lago.  
 Rutilante, impasible,  
 nítido como un poema.  
 ¿Y el poeta?  
 Al poeta no lo vemos.  
 Viene siendo  
 las patas del pato  
 chapaleando bajo el agua turbia.

## Apartamento 105

Cada mañana  
 el edificio de enfrente  
 me roba el sol.  
 En la tarde sus cristales  
 me lo devuelven  
 reflejado.  
 De noche,  
 si las nubes no lo impiden, durante media hora  
 puedo ver la luna  
 trepando sobre el penthouse.

## Anacrónica

Queriendo ser moderno compuse un poema  
 a los contestadores telefónicos.  
 Queriendo ser moderno escribí otro  
 titulado Walkman®.  
 Queriendo ser moderno  
 he terminado siendo anacrónico.  
 Los artefactos se extinguen  
 y la rosa sigue tan campante.©

\*Estos poemas hacen parte del libro *Envío vers.o.s.*  
 Obra reunida 1993-2018 de la editorial Letra a Letra.



El museo está en el centro, el museo está en la ciudad.



**UNAULA CELEBRA LIBROS**

UN TÍTULO CADA SEMANA  
 PARA LECTORES DIVERSOS  
 DE MUNDOS INIMAGINABLES

**13ª**  
 FIESTA DEL  
 LIBRO LA  
 CULTURA  
 EXPEDICIONES

Ediciones UNAULA

UNAULA  
 UNIVERSIDAD AUTÓNOMA LATINOAMERICANA

# El fuego que tiembla en el cielo

por SANTIAGO RODAS

Ilustración: Titania Mejía



Julían Mesa, niño de doce años, gritaba con todas sus fuerzas, frente al monte que iba a quemar: —“¡Harto viento San Lorenzo, harto viento!”.  
Jaime Jaramillo Escobar

Para mis amigos en La Loma

Era relativamente sencillo. Había que estar atento a las señales: el tamaño del fuego en la mecha, la velocidad del desplazamiento, el número de pliegos que lo conformaba y prever el lugar de la caída, ya fuera una manga, alguno de los techos de las casas del barrio o una unidad cerrada, para agarrar la candileja y ser el dueño de segunda mano. Además, se debía tener especial cuidado con el Cabezón, pues decían (nunca lo comprobé) que andaba con una patecabra encima y manejaba su Plus sin frenos por las lomas de Los Parra y Los González. Era una leyenda para los que nos dedicábamos al oficio de coger globos en diciembre, porque nos doblaba en edad y le teníamos miedo a su fama en las peleas.

Todo el año esperaba a que fuera primero de diciembre para salir desde las siete de la mañana, muchas veces descalzo, a perseguir globos durante el día entero como si no hubiese nada más en el mundo. A mi casa tan solo me asomaba para darme los tres golpes. Mis padres conocían bien mi pasión desmedida por los objetos voladores y como unos monjes budistas la aceptaban sin reparos. Había días en que regresaba a las seis de la tarde, en pantaloneta, descalzo, la cara tiznada, con un pedazo de papel doblado debajo del brazo y la sensación tranquila del deber cumplido en el estómago.

Estábamos en el final de los años noventa en esta ciudad y, pese a que me tocaron de cerca las explosiones de dos

carrosbomba, la violencia era algo que llegaba a mi barrio por la vía de los noticieros. Habitábamos en una relativa calma. Vivíamos en la mitad de El Poblado, debajo de lo que luego sería el Centro Comercial El Tesoro y muy cerca de la iglesia de La Visitación, a media cuadra de los ricos más ricos, los narcos más coronados y los políticos más mandones.

Las batallas campales por los globos se daban entre los barrios populares de El Poblado. Yo pertenecía al grupo denominado La Loma, pero también mandaban sus ejércitos a la contienda El Garabato, El Hoyo, La Chacona y El Chispero; cada uno tenía sus subgrupos y sus estrategias. La nuestra consistía en llevar espejos para atraer al globo. La técnica era sencilla y certera: se apuntaba con el espejo a la mecha encendida, el globo bajaba y se acercaba hasta quedar a un manotazo de distancia, una técnica que nunca nos defraudó aunque nunca se comprobó científicamente. Mientras más pliegos tenía el globo muchos más perseguidores se agenciaban; esos eran los momentos para tener más cuidado porque los envidiosos que no lograban agarrar la candileja aprovechaban la confusión y lo rasgaban por alguno de sus lados. En esos pogos

con música de diciembre en el fondo, se asomaban la cabeza calva del Cabezón, la mano peluda del Burro, la altura de los Flacos, la habilidad escurridiza, producto de la capoeira, de Anderson, la gordura de Checheta, entre muchos otros. Ahí en ese *maelstrom* se desencadenaban las peleas, los más grandes se amenazaban con golpizas o directamente se templaban a trompadas. Nadie se tomaba el oficio a la ligera. Era cuestión de honor ser quien agarraba el mayor número de globos.

Una noche desde mi cuadra vi caer uno a lo lejos, por Sauzalito. Con una mirada sutil les avisé a mis amigos con los que jugaba y de inmediato corrimos por la calle 1 sur, loma abajo, esquivando Toyotas y Nissans de vidrios polarizados, bajamos por la Transversal Inferior. Fuimos los únicos presentes en la caída del cojín de 32 pliegos.

El globo estaba sobre la copa un árbol de mangos dentro de una unidad cerrada. Después de discutirlo decidimos que entraríamos dos, los demás vigilarían por si aparecía alguien. Mi amigo y yo trepamos por la malla, sobrepasamos los alambres de púas y logramos llegar al otro lado. Yo escalé el árbol hasta agarrar el globo de una punta, alcancé

la candileja, luego soplé y apagué la mecha, le quité los alambres dulces sujetos a la candileja que estaban tibios todavía y escuché un grito: “¡Brolín, Brolín, se vino un celador!”. (A mí me decían Brolín porque alguien en el barrio decidió que me parecía a Tomas Brolin, jugador sueco muy recordado por su participación en el mundial de fútbol USA 94). Los dos amigos afuera de la reja se escaparon. Yo me quedé estático, frío. Abajo un celador con camisa azul apuntaba con una escopeta a mi amigo y le preguntaba con insultos y gritos qué hacía ahí metido. Mi amigo alzó la mano y me señaló, el celador vio el globo desinflado en el árbol, no le dio importancia y siguió insultando a mi amigo que no articulaba palabra. El tipo no me había visto entre el follaje. Lentamente le saqué el aire al globo, lo doblé en medio de las quejas del celador que se tranquilizaba poco a poco, lo metí bajo mi camiseta y dejé la mecha en una de las ramas. Descolgué el árbol y caminé con cuidado detrás del celador que arrastraba a mi amigo de la camiseta, luego me escondí en los parqueaderos. En la portería el celador le advirtió a mi amigo que si se volvía a meter a la unidad le iba a disparar. Yo salí después de un rato,

como si nada, por la portería principal con el globo doblado entre la camiseta, simulando ser uno de los adolescentes que vivían en esa unidad cerrada. El portero no me dijo nada. Salí triunfante. Cuando conté la historia nadie me creyó, solo el amigo al que le apuntaron con la escopeta sabía la verdad, pero no se atrevió a decirle a nadie en el barrio por miedo al castigo de sus padres.

Además de ser cazadores-recolectores también éramos productores de globos. Cavecha, el arquitecto del papel, se encargaba de los diseños y de la hechura, tenía un cuaderno cuadriculado en el que nos enseñaba las ideas y los nuevos bocetos. El más grande fue de 2048 pliegos, con una altura de más o menos veintinueve metros, dos mechas que hubo que transportar en un carrito de supermercado y la candileja hecha con varillas de hierro pegadas con soldadura. El lugar para poder soltarlo debía estar limpio de cables de luz y árboles para que el globo pudiera despegar sin problema, entonces escogimos la manga que se sitúa abajo de El Tesoro y arriba del edificio Mónica.

El día de los despegues de los globos nos reuníamos desde temprano personas de todas las edades para ayudar, pues se necesitaban más de quince asistentes de vuelo. Había que sostener cada una de las puntas para tensarlo, incluso se tenía un ventilador eléctrico para que le entrara aire y tomara forma, además, había hilos amarrados para sostenerlo en pie cuando estuviera totalmente inflado. Eran momentos de mucha tensión puesto que con cualquier error el globo podría romperse o quemarse, pero, una vez lograba despegar, la gente echaba pólvora y aplaudía y se emborrachaba como si con ese pedazo enorme de papel se fueran las penas y los desencantos de sus vidas.

Pese a todo el tiempo invertido en la cacería, tan solo pude agarrar cuatro globos. Los reciclé y los volví a tirar al cielo en el que habitaron en su estado natural. Era casi una ley, si cogías un globo había que soltarlo días después para que siguiera con su ciclo normal y otra persona lo capturara y lo volviera a soltar para que el cielo de Medellín en diciembre se mantuviera plagado de lucecitas que hacían juego con las estrellas.

Luego llegó el tiempo de la prohibición. La razón, dijeron los medios, había sido una serie de incendios por culpa de los globos en unas bodegas en el sur, un almacén en el Centro y de unas casas en el norte. Incluso, había gente contratada en las empresas para estar alerta, se paraban en los techos para vigilar día y noche que los globos no fueran a causar un incendio. En el barrio bromeábamos con dirigir nuestros globos a lugares específicos como si fueran palomas mensajeras y así causar un perjuicio a los lugares que nos disgustaban como la casa de alguna exnovia, Almacenes Ley o La Alpujarra.

Después de unos años el barrio se fue apagando poco a poco. La policía empezó a perseguir a los globeros y nosotros, bajo esas circunstancias, buscamos entretenimientos menos incendiarios. Crecimos como personas de bien, con la mecha apagada. Ya no guardábamos espejos en los bolsillos y si lo hacíamos era para mirar nuestras caras y arreglarnos los bigotes incipientes que se asomaban. Si caía un globo cerca dejábamos que la ley de la gravedad hiciera lo suyo sin inmutarnos. Era el tiempo de tomarnos en serio nuestras vidas, dejar de perseguir papeles de colores con figuras geométricas, y dedicarnos a edificar nuestras personalidades, conseguir pareja, elegir una profesión.

Algunos de mis amigos se fueron del país, otros se volvieron tatuadores, otros ejecutivos de banco, otros formaron familias, otros terminaron de porteros, otros de profesores de inglés. Sin embargo, cada vez que nos juntamos en el barrio, en algún diciembre, en medio de conversaciones más o menos adultas, con cervezas o vasos de ron con hielo en nuestras manos, alguien dice con seguridad, sin necesidad de señalar con el dedo: “Un trompito de 64, un cojinito de 32, una estrella de los de El Garabato” y todos apuntamos nuestras miradas a la lucecita que flota en el cielo, decimos sí con la cabeza, en silencio, y pareciera que cada uno de nosotros, en vez de ojos, tuviéramos pequeños espejos que apuntan a las llamas que tiemblan en el cielo y se empiezan a apagar. ©

En septiembre de 1999 abrimos nuestras puertas buscando un lugar para conversar y beber con los amigos: Una conversación que todavía no se agota.

Celebremos estos 20 años de estar en casa el 21 de septiembre desde las 5 p.m.

Conversación, música en vivo y perreo e incertidumbre.



Ciudad Café (1999-2019)

Carrera 64b #51-94

Carlos E. Restrepo

578 62 80



**TODO EN DIGITAL Y VIDEO**



**25**  
Años  
A SU SERVICIO





**Nueva sede**

CENTRO COMERCIAL SANTAFÉ  
ZONA DE CINES LOCAL 5171

ABIERTO  
DOMINGOS Y FESTIVOS

**LÍNEA ÚNICA**

448 34 51  
315 256 3221

CENTRO COMERCIAL EL PARQUE  
Cl. 54 No. 47 - 105  
Local 105

CENTRO COMERCIAL OBELISCO  
Cl. 74 No. 48 - 37  
Local 131

www.metrocamaras.com








# Tres minutos sin aire

por JULIO CÉSAR DUQUE CARDONA

Ilustración: Elizabeth Builes



No señor, ¿cómo se le ocurre? Suponga que a usted le cortan el aire por tres minutos: en el segundo minuto no tendrá ánimos para hacerme la misma pregunta. ¿Tres días sin agua en el río? ¡Ah! ¿Sería que eso fue lo que me pasó a mí? No, no sé si reírme o llorar. Recuerdo esos años viviendo de lo que nos regalaban aquellas aguas turbias y me pregunto: ¿qué hubiera pasado si en aquella casucha de las vegas del Cauca nos hubiera faltado la comida del río durante tres días? ¿A robar? No, no se ría, ni robando es fácil conseguir la comida para cinco hermanos. Pero les iría peor a los bocachicos, que en verano suben a poner sus huevas en las aguas limpias y de pronto ¡zas!, arena, piedras, cascajo... Y yo qué hago, dónde pongo mis hijos, me dijiste que era por aquí, mamita, en las aguas claras, está cerrado el paso. No, aguanta que ya vas a llegar... Vete por la margen izquierda. Usted me dice que solo tres días, tres días con un chorrito delgadito, como si se hubiera estropeado la manguera de la tierra.

Para mí el Cauca es como un abuelo dadivoso y querendón. Cada vez que paso por sus orillas me echo mil bendiciones, me mojo la cara y el pecho en sus aguas y me digo que estos huesos que al fin alcanzaron casi un metro con cincuenta centímetros se los debo a los animales del río. Porque esa agua sucia de tierra y palos, como usted dice, nos daba bocachicos en enero y bagres en septiembre; bocachicos que robábamos halando con fuerza el anzuelo. ¡Llevo! Así anunciaba papá cuando algo vivo se enredaba en su anzuelo. Y ellos boquean en la bolsa de fique con el chuzón en la barriga. Y cuando se les descama y destripa, encuentra uno esa huevamenta millonaria que apenas chisguetea en el aceite caliente. O los bagres, cuando les dejas descansar la plomada con la lombriz en el barro. El bagre es como la rata del fondo del río: aspira el piso por un lado de la jeta y por el otro expulsa el barro que no le sirve; deja lo útil en su barriga así la lombriz esté muerta. Pero si en la carnada está camuflado un anzuelo, chumbulún, el metálico enredado en sus tripas, a jalar, sí, porque tienen la fuerza de un tanque de guerra. Su carne es blanca y grasosa. Mi mamá recibía los bagres con alegría, ah, y lo bueno era ver quebrar la terrible espina que los defiende en el lomo; se necesitan manos fuertes y un alicate. El caldo grasoso y caliente se deslizaba en nuestros dedos y hasta se pueden masticar los huesos sin carne. Y así usted dice: qué importa que sequen el río por tres días. ¿Cuáles bagres piensa pescar? ¿Y cuáles bocachicos atrapar si la subienda es detenida? Y dígame dónde pondrían ellos sus huevos. ¿Sobre las piedras? No.

En luna llena cuando el río se volvía tacaño, porque los peces tenían el tragadero lleno de insectos,

papá organizaba su arma más letal: la atarraya. Se puede tirar desde la orilla siempre que te asegures de que no vaya a dar contra ninguna empalizada. En sus lianas cuadrículadas se enreda todo, especialmente la sardina que bien sabe tostada y con arepa. Lo aburrido es destriparlas porque eran cientos, y hay que quitarles las escamas una a una, que es como una piel diminuta, delgada y transparente que se pega en los dedos y hace brillar la ropa. Horas de trabajo en casa, antes de hacer las tareas de la escuela. Cuando papá tiraba la atarraya era señal de que al otro día yo no podría llevar todas las tareas. ¡Tres días sin agua! ¡Jummm! No me imagino el día en que yo pueda conocer las entrañas del río, donde viven los bagres y cazan los caimanes. Tampoco podrías pasar el río en canoa. ¡Ahhh! ¿Pero y la gente del otro lado, qué? Cuando papá quería ir a pescar doradas silbaba de alguna manera y luego venía don Jairo hasta nuestra orilla. Nos llevaba a los chorros a probar el anzuelo en los grandes charcos. Y si el agua estaba clara, pescábamos con mariposas metálicas, que contorsionan sus alas en la medida en que rozan los bordes del agua. De tirar y jalar en las noches me dolían las manos. Pero cuando se pegan son los grandes, porque tienen que dar saltos sorprendidos para atrapar la engañadora mariposa. ¡Y ahí sí había fiesta de pescado y huesos en la olla de mamá! Ella se alteraba:

—¿Vos por qué llevás ese muchacho a los charcos? Si todavía no sabe nadar. Enseñale primero a nadar.

—Hay que esperar a que crezca —contestaba él.

—¡El que vive de ilusiones muere de desengaños! No, no se ría, yo ya tenía ocho años y no medía más de un metro. Debí ser que algún día también me quitaron el oxígeno, como usted el agua dulce a los bocachicos... Sí, ustedes, que piensan que eso no es importante en la vida. Yo crecía dos centímetros por año y, según el médico, sería solo hasta los quince, cuando se me cerraran las juntas de los huesos. "Debe practicar dos horas diarias de ejercicio. Hágallo caminar por lo menos cinco kilómetros diarios, señor, y recuerde: las tres comidas del día...". Así que caminar fue la materialización sudorosa de mi sueño de crecer. Un kilómetro y medio para ir hasta el río Cauca a buscar las tales tres comidas después de la escuela, y un kilómetro y medio para volver a casa con aquella comida en la bolsa de fique, en las tardes, cuando la luna comenzaba a reemplazar el sol. Todos los días, ir a atrapar la comida hasta que papá consiguiera un trabajo estable. En las mañanas él iba a buscar empleo al centro de Cali y yo a la escuela. Y en las tardes, conmigo a pescar. Pero si él no volvía porque había encontrado alguna venta ambulante, entonces yo debía ir a pescar, algunas veces solo o casi siempre

con el hijo de don Gonzalo, un amigo de papá. Sacábamos las lombrices del patio de mi casa y cogíamos camino. Y si era subienda o vacaciones robábamos los bocachicos al río con los anzuelos grandes, tirándoles a la suerte. ¡Llevo! Y en la época de lluvia hundíamos el anzuelo con las plomadas más pesadas para enganar a los bagres.

Con el hijo de don Gonzalo aprendí a pescar con cucarachas. Es la mejor carnada, nunca falla con las sabaletas jefes. Papá se reía a carcajadas, pero le daba asco o miedo cogerlas y mamá nos prohibía terminantemente cazar cucarachas en las alcantarillas. Es fácil: no se puede tener asco o miedo. Se les coge del medio, apretando bien las alas, pero sin destriparlas, como para que no escapen; se voltean sin dejar que sus desesperadas patas se peguen de tus dedos; molestan sus enviones como agujas. Rápidamente con la otra mano se introduce el anzuelo por debajo de la cabeza hasta el fondo del estómago. Listo. Y en el agua ellas, amarradas al chuzo metálico, despliegan las alas y parecen más grandes. Y al primer lance tienes la mejor comida del río. ¡Qué tal que nos secaran el cauce, así fueran solo tres días! Creo que se acabarían las mismas cucarachas, las lombrices y hasta el charco de las doradas, como un desierto de agua.

En ese charco atrapé una vez un pez culebra. O una culebra pez. Era una hermosa cazadora con cabeza de pescado, dientes y lengua viperina, delgaducha, transparente y alegre en la cola como si el anzuelo le hiciera cosquillas. Yo iba a devolverla al agua pero papá me dijo: "También se come y es buen alimento". Y yo pensé inmediatamente, si es tan buen alimento, tal vez Dios me ha enviado con ella el secreto de crecer. Me la comí yo solo, sancochada y con toda la ceremonia de que iba a llegar el esperado milagro. Nada. Y mucho menos si ustedes secan el río. Cómo sería el asunto que ya estando grande, es decir, viejo, cuando entré a estudiar a la Universidad de Antioquia el profesor de deportes me preguntó: "¿Y vos por qué tan enano, si sos tan buen corredor?", y entonces me hizo inscribir en el restaurante gratuito de la universidad. Y hubiera crecido mucho menos, si gente como ustedes nos secaran el río, así sean tres días o tres minutos, lo suficiente para cortarnos el aire, o lo que a usted le dure el oxígeno en las branquias, perdón, en los pulmones. Ya le recuerdo: ustedes construyeron un muro en el río. Entonces ahora van a comer los de arriba y los de abajo lo que sobre, así sea un chorro de agua filtrada. Eso ha pasado siempre aquí: los de arriba mandan a hacer paredes o cercas, luego se comen lo mejor, y los de abajo o los de al lado, ellos verán. Eso fue. Algo así debió haber pasado, cuando en algún momento que yo no recuerdo me cortaron el aire. ☹

**MOVE**

VI ANIVERSARIO MOVE

# RROSE

EAUX - SANDWELL DISTRICT - FURTHER RECORDS

RROSE plays  
JAMES TENNEY'S  
'Having Never Written  
A Note For Percussion'  
(for solo gong)

MERINO  
SKCRIBLED B2B LIMINAL

visuales  
DÖPPELGÄNGER

SECRET LOCATION  
viernes,  
20 de Septiembre,  
2019

\$50.000

INFO  
3007407228  
www.movemedellin.com

MAMM  
miércoles,  
18 de Septiembre,  
2019

APOYAN

STL D DRO  
producciones

# CHOCÓ NO ES TIERRA PARA DÉBILES

por ANDREA ALDANA

Fotografías por la autora



—¿Cómo es que vos te llamás? Laura, ¿cierto? —Sí. —¿Y vos cuánto años tenés, Laura? —Quince. —¿Quince? ¿Y cuánto tiempo llevás en la guerrilla? —Esta es mi segunda vez. —¿Cómo así? —Sí. Es mi segunda vez acá. Yo ya estuve una vez pero me fui y ahora volví. —¿Pero cómo así? ¿Por qué te metiste la primera vez? ¿Y por qué te saliste? —Lo que pasa es que... Vea, no nos digamos mentiras, cuando uno se mete a la guerrilla por un hombre, le va mal. —¿Vos te metiste a la guerrilla porque estabas enamorada de un guerrillero? —Sí. Me fui detrás de él, pero no duré ni dos meses. Después nos dejamos y yo me fui pa la casa otra vez. —¿Y por qué volviste a la guerrilla? —Por mi casa. —No entiendo. —Es que en mi casa somos siete y solo está mi mamá. Muy difícil alimentar siete bocas. Ella no tiene cómo, no. Fue cuando decidí devolverme. Yo hablé con ella y le dije: "Vea, usted tiene que alimentar siete bocas. Bueno, pues ya a mí no me cuente. Cuenta con una menos". Y le dije que me devolvía para la guerrilla. —¿Y ella qué dijo? ¿Te dejó venirte así nomás? —¿Qué me iba a decir? Ella no quería que yo me viniera, no; me rogó y todo. Pero dijera lo que dijera, una boca más es una carga más. Es muy duro ver la mamá llorando porque no tiene qué darnos de comer. En cambio estando acá uno hasta la puede ayudar. —¿Y tus hermanos qué dicen? —Hay uno que salió con que dizque también se quiere venir.

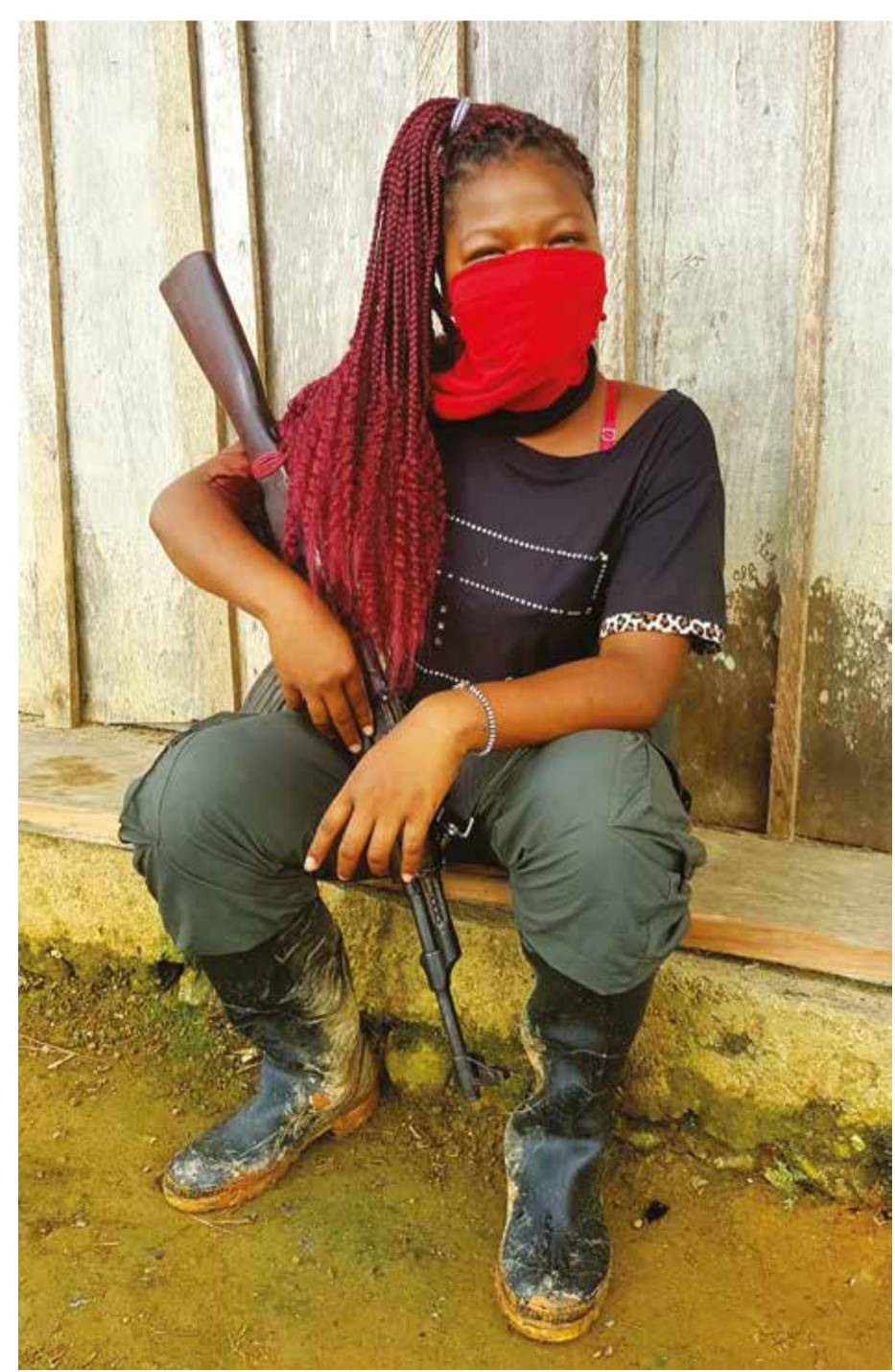
—¿A la guerrilla? —Sí. —¿Y vos qué le dijiste? —No, que no. Él sabe que no puede. Ya está terminando el colegio y mi mamá quiere que sea alguien. Yo también quiero que él estudie y sea alguien, que llegue lejos. —¿En algún momento te has arrepentido de haber ingresado a la guerrilla? —Hay momentos en que me arrepiento porque en verdad quiero seguir estudiando; pero por otro lado no, porque aquí he aprendido bastante. —¿Y qué quieres estudiar? —Mi sueño siempre ha sido ser abogada. —¿Y por qué no lo haces? ¿Por qué no estudias Derecho? Finalmente la guerrilla sí que va a necesitar abogados. —¡Ja! Porque esa carrera es muy cara, y la realidad es que no hay quién pague esa universidad. Y así, en las comunidades donde el agua más potable que se consume es el agua lluvia y donde no tener qué comer no es carreta de campaña, es como la guerra se cuele y pasa a ser un proyecto de vida. Durante todo el año 2018, la Defensoría del Pueblo emitió 73 Alertas Tempranas en las que advirtió sobre los riesgos de reclutamiento forzado a los que estaban sometidos "niños, niñas y adolescentes". Antioquia acumuló el quince por ciento de las alertas y Chocó ocupó el segundo lugar con el doce. Después de este grito, la Defensoría afirmó: "Los grupos armados al margen de la ley que realizan estas actividades ilegales son las Autodefensas Gaitanistas Colombianas, AGC; el Ejército de Liberación Nacional, ELN, y las disidencias de las Farc". Pero pongamos el dedo en la llaga y, como dice Laura, no nos digamos mentiras: ¿quién está detrás de la

forzosa decisión de una niña que se va de su casa e ingresa a la guerra para que su madre no tenga que alimentar siete bocas sino seis? ¿A quién le corresponde garantizarle un entorno seguro y por "entorno seguro" me refiero a que al menos tenga diariamente algo que comer? \*\*\* Estamos escondidos bajo el techo de un rancho de madera en medio de la selva, una choza campesina algo destapada ubicada al lado de los restos de un campo de coca que ahora está abandonado y seco. Va uno, van dos, pero ahora son tres los helicópteros del ejército que nos sobrevuelan y nosotros somos cuatro los periodistas que estamos con la guerrilla: dos camarógrafos, dos reporteros. Van veinte minutos de sobrevuelo. Hay susto. Suena otro helicóptero y otro. El comandante guerrillero dice que no están cerca y que si nos tuvieran ubicados, ya nos hubieran hecho un "desembarco", es decir, ya se habrían lanzado soldados con cuerdas y estarían disparando sobre nosotros. Pero esto no me calma, yo siento que tenemos encima a toda la fuerza aérea colombiana. El comandante insiste: —Además, esta tierra no es fácil, pa caminar este fango se necesita. Si soltaron gente, todavía necesitan por lo menos dos horas de caminata para llegar hasta donde estamos. Treinta minutos... Sesenta... Hora y 45 minutos de sobrevuelo inintermittido. ¡Jesús! Pues si soltaron gente, estamos a quince minutos de que nos caigan. A quince minutos de quedar en la mitad de un combate entre el ejército y la guerrilla. —¿Por qué no nos movemos? —pregunto—. ¿Y si nos caen? —Porque no sabemos dónde están. Los helicópteros sonaron por aquí, por

allí, por allí y por allí —dice el comandante señalando los cuatro puntos cardinales—; y si terminamos cayéndoles nosotros por error? Suena otro helicóptero. Este suena durísimo y nos pasa cerquita. Por medio de un destapado que hay entre las hojas de la selva, el colega reportero y yo vemos pasar la aeronave y hasta alcanzamos a contar los soldados que van dentro del aparato. Se acercan diez metros más y hasta les cuento los lunares de la cara. "¡Mierda!", pensé. —Reunión urgente, muchachos —dije a los periodistas. Nos reunimos en círculo y empezamos a improvisar el protocolo de seguridad: —¿Qué hijueputa susto. —¿Qué vamos a hacer? —Todos de blanco ya. Camiseta blanca ya. —¿Pero qué vamos a hacer si el ejército llega? Yo estaba pensando en tirarnos al río. —No, no. A la loca no nos podemos poner a correr. —¿Entonces qué hacemos? —No sé. Lo primero es separarnos de la guerrilla, lo segundo es empezar a gritar "prensa, prensa" a la loca mientras agitamos una camiseta blanca por el aire. —¿Y lo tercero? —Confiar en que el ejército vea la bandera blanca y no nos dispare. —¿Tú crees que nos dispararían? —Yo creo que a ningún gobierno le conviene que maten a cuatro periodistas en un operativo militar. Pero es que otra cosa es la adrenalina, esa es la que actúa primero y piensa después. Miro el rostro de Laura, la guerrillera de quince años, y noto cómo ella también observa el cielo asustada. De todos, es la que se ve más preocupada. El comandante guerrillero, en cambio, nos

observa desde lejos, hay algo de tensión en su rostro pero lo que más resalta en su mirada es un dejo de burla. Somos un chiste para él. Intenta seguir calmándonos y como último recurso, bajo el sonido de las hélices en el cielo, decide ponerse a cantar una canción de los hermanos Mejía Godoy: "Vendrá la guerra, amor, y en el combate / no habrá tregua ni freno para el canto. / Sino poesía naciendo incontenible, / del cañón, de fusiles libertarios. / Vendrá la guerra, amor, y en el combate, / nos fundiremos en las barricadas. / Deteniendo las hordas criminales, / a punta de corazón, fuego y metralla". El comandante es alias Uriel, el que tiene más presencia ante las cámaras. El más buscado de la región. El premio gordo de los militares. Y preciso nosotros teníamos que estar con él. Como si no fueran suficientes los peligros propios que atormentan al Chocó. La guerrilla que nos recibe es el Ejército de Liberación Nacional (ELN). Estamos en el litoral de los afluentes que se desprenden de alguna parte del río San Juan, ni idea cuál, pero con certeza es la parte que ellos dominan. Porque el resto del río, al igual que el Atrato, se lo disputan con las "disidencias" y las AGC. Estamos con el ELN porque queremos conocer su dinámica en el territorio y su papel en este momento del conflicto en el país; y si no estamos en los territorios de las AGC o de los disidentes de las Farc es únicamente porque no nos han autorizado el ingreso. Y acá la autoridad son ellos. \*\*\* La disputa por el territorio entre los grupos armados al margen de la ley se ha incrementado en los últimos dos años. La salida de las Farc del escenario bélico dejó un vacío de poder que todos los actores armados se apuraron a llenar. Todos, claro, menos el Estado. Que desaprovechó tremenda oportunidad y siguió llenando el río San Juan con sus buques de guerra y sus botes de combate, y dejando al litoral sin escuelas, sin energía eléctrica, sin agua potable y sin puestos de salud. Hace poco, el pasado 5 de septiembre, la vicepresidente de la República, Marta Lucía Ramírez, escribió en Twitter: "Hoy a los jóvenes del Chocó y de 10 departamentos más, les va a ser posible acceder a la educación virtual a través de 76 programas que hoy se ofrecen a través de la línea de crédito #MásColombianoQueNunca. #EducaciónQueConecta". Y su intervención resulta hasta chistosa porque: uno, el mismo Estado en su Decreto 749 de 2018, con el cual creó la Comisión Intersectorial para el Departamento del Chocó, afirmó que en el "Chocó se evidencian deficiencias en materia de cobertura y calidad en educación, salud, alimentación, agua potable, saneamiento básico, seguridad, accesibilidad, infraestructura, [...] así como problemáticas ambientales que afectan la situación social, económica y humanitaria del departamento", como para que ahora venga ella a ofrecerles una deuda. Y dos, porque el grueso del Chocó al que le ofrece "educación virtual" conecta energía eléctrica solo un par de horas al día a través de plantas de gasolina. Como escribí antes, la vice podría resultar hasta chistosa, pero el Estado allá no es ni siquiera un chiste. Es nada. En consecuencia, la población quedó bajo la ley y el orden —o el desorden— de los grupos armados ilegales y la norma se la impone el fusil. Y en medio de los combates por aumentar este poder —poder que por supuesto incluye la recolección de impuestos, o vacunas, como les dicen los civiles—, han quedado confinadas cientos de familias sin poder salir de sus casas ni siquiera para buscar algo de comida. Situaciones que, por puro desespero, terminaron en

el desplazamiento masivo de comunidades indígenas y afrodescendientes. El 7 de septiembre de 2018, la Oficina de las Naciones Unidas para la Coordinación de Asuntos Humanitarios (OCHA) emitió un comunicado en el que informó que desde el 21 de agosto, al menos 1640 personas (328 familias) se encontraban confinadas y cerca de 223 (61 familias) se habían tenido que desplazar forzosamente en los municipios de Bahía Solano y Juradó, debido a los enfrentamientos entre las AGC y el ELN. Al final, el texto también decía que un combate ocurrido el 26 de agosto entre estos grupos había causado la muerte de un menor de edad y había dejado heridas a dos mujeres indígenas. La Defensoría del Pueblo, por su lado, emitió la Alerta Temprana No. 069 el 27 de agosto de 2018 y en ella advirtió que las comunidades presentan "desabastecimiento de alimentos, dificultad de acceso a medios de vida (actividades de pancoger), afectaciones en salud mental y necesidades de protección". Advirtió de futuros desplazamientos o más grave: de contaminación por minas antipersona. En los años de la paz, volvían a minarse los territorios. El grito de auxilio se repitió este año, en los primeros días de abril la Defensoría emitió la Alerta Temprana 017-19 de Inminencia y ahora decía que los confinados eran 2778 más. Y que el enfrentamiento entre las AGC y el ELN ya no estaba solo en Bahía Solano y Juradó, se había expandido y ahora afectaba a nueve comunidades indígenas y afros del municipio de Bojayá: Villa Hermosa, Egoróquera, Playita, Unión Baquiaza, Mesopotamia, Napipí, Bocas de Opogadó, Carrillo y Pogué; territorios en los que se come porque se cultiva. Pero las minas y los combates, el temor al disparo del fusil, no estaban permitiendo que los agricultores salieran a cosechar. ¡Hambre! ¡Hambre es lo que había y aún hay en el Chocó! Y la vice ofreciendo educación virtual. \*\*\* En las ocasiones que entré a entrevistar al ELN junto a otros periodistas, que son varias, casi siempre nos fue a recoger el mismo guerrillero, Uber. Un hombre de treinta y algo, no sé bien. La última vez que lo vi me mostró la foto de su hija, ya adolescente, y no paró de contarme lo feliz que estaba porque por fin la había encontrado —la guerra los separó estando ella muy pequeña— y también me dijo lo bien que les había ido en ese primer reencuentro. Esta vez no fue a recogerlos. Lo habían matado. En medio de un combate, la bala de un fusil le partió la cabeza y le reventó la vida. El cuerpo aún no lo recuperan. Suponiendo que los bandos en esta guerra están bien definidos y sin entender mucho de ella —obviamente— pregunté: —¿Y por qué no entregan el cuerpo? ¿El ejército no debería devolvérselo a la familia? ¿O fueron las AGC? —Fueron las disidencias. —¿Las disidencias? ¿Cómo así? Ahora también están enfrentados con las disidencias? —Uff, la pelea más grande ahorita es con ellos. Por un lado llegaron diciendo que eran el Frente 30 y que volvían, entonces que nos tenían que ir, por otro lado se presentan grupitos pequeños y dicen que son disidencia y que también nos tenemos que ir, y por Juradó volvió uno que fue comandante Farc pero ahora se presenta como AGC, y lo mismo: que nos fuéramos. Entonces estamos enfrentados con todos. —¿Y Uber? —No, pues quién se va a ir a sacarlo de por allá. Yo quería llorar, pero sus compañeros no se mostraban muy acojados. A mí me daba pesar por Uber y por su hija, esa menor de edad que no llegaba a los dieciséis años y ya había perdido





al mismo padre por segunda vez. Pero para sus compañeros es cotidiano. En la lógica del guerrero, la muerte se vuelve dama de compañía.

Estaba pensando en todo esto cuando vi a Laura, la guerrillera de quince años, y recordando su cara de susto por el sobrevuelo que nos habían hecho las aeronaves militares el día anterior, me acerqué y le pregunté que si a ella aún le daban miedo los combates. Me contestó que no. Me contó de un par de enfrentamientos que ya había tenido con el ejército y al final agregó que eso le había matado el susto.

—Bueno, pero en conclusión: ¿ya no te dan miedo los combates?

—No. Si a mí me dicen que hay que ir, yo voy.

—¿Y entonces ayer por qué estabas con esa cara de susto cuando nos sobrevolaron esos helicópteros del ejército?

—O sea... Eso... Eso fue... ¿Caras?... ¿Yooo?

—Sí señora.

—Eso fue porque miraba hacia el cielo y me tocaba mirar así por el sol.

—No señora, yo laví. Pura cara de susto.

—Es que la verdad eran bastantes, jajaja.

Nos reímos un rato de eso y empezamos a hacernos un par de bromas suponiendo lo que hubiéramos hecho si hubiéramos recibido el asalto militar. Entonces empecé a comprender la guerra en el Chocó. Es tan irreal y tan lejano a nosotros lo que sucede en este territorio que terminas riéndote junto a una menor de edad porque unos soldados no te dispararon y no te mataron en la mitad de la selva.

Reía ahora de una hipotética escena macabra que no sucedió; tres noches atrás, escondida en una hamaca, sin poder dormir, y ahogando el llanto con un saco para que nadie me oyera, lloraba por otra escena que tampoco viví pero que sí ocurrió.

\*\*\*

—Me mataron a mi mamá, me la mataron, me mataron a mi mamá...

La voz quebrada de un niño de once años suelta ese audio por WhatsApp y el último “mamá” se oye lejano, como si apartara la boca del micrófono antes de soltar el celular. Como si algo acabara de llamar su atención. Lo imagino con paso presuroso de un lugar a otro, lo imagino tirándose del pelo, lo imagino tronándose los dedos, lo imagino llorando mientras patea con sus piernas delgadas las latas y la madera de su rancho. Imagino que suelta ese celular y corre hacia el hueco de la puerta porque cree ver regresar a la madre que nunca más va a volver.

“Me mataron a mi mamá”. Pasan tres segundos, el audio acaba y el silencio nos cae como bloque de granito. Estábamos solo una fuente, el colega reportero y yo. La voz del niño se apaga y yo inmediatamente me doy cuenta de que voy a escuchar una de esas historias que queman por dentro, que arden como arde el reflujo cuando se apodera del pecho. En Colombia asesinaron a una mujer —a otra—. Era madre. Y yo la conocía.

El nuevo cadáver no era de un líder social. No era activista. Era una mujer dedicada al rebusque. Era una persona que vivía con miedo en el Chocó. Alguien a quien mataron y no salió en las noticias. Pienso en ella, pienso en la única vez que la vi. Ahora era un cuerpo sin vida que dejaron amarrado a un tronco. Era nadie. Y gracias a esa nadie algún día yo me alimenté.

A las fieras que la asesinaron ella también las alimentó, pero estas, traicioneras, mordieron esa mano que les daba de comer. Vendía pescados y legumbres, los metía en una nevera de ícopor y los transportaba a lo largo de la única vía de este vasto territorio: el río San Juan. Cruzaba —inevitable— las imperceptibles fronteras que sobre

él trazan el ejército, la delincuencia común, las guerrillas y las nuevas expresiones del paramilitarismo. De ella comieron todas las fieras.

—Ay, Andrea, era mi amiga. Cómo matan a esa muchacha. Yo qué le voy a decir a usted, hija, ¿yo qué le voy a decir? Si vinieron por ella, en cualquier momento vienen por mí.

Mi fuente, dura, temeraria, que siempre está desafiante, recia, que siempre que voy a saludarla me recibe con un “Ya vino usted otra vez por aquí a hacerme perder el tiempo y con todo lo que tengo que hacer”, por primera vez está derrotada. Lo sé por sus hombros que en vez de altivos están caídos, por su mentón pegado al pecho mientras habla, por la lágrima en su mejilla derecha que ni siquiera tiene fuerzas de limpiar. Llora y yo quiero llorar. Por el niño huérfano, por la madre asesinada y por mi fuente, sobre todo por mi fuente, que es superpoderosa para mí y ahora pierde sus poderes. Quiero llorar pero me avergüenzo. El Chocó no es tierra para débiles.

La muerte la pude seguir casi en vivo como si estuviera escuchando un pódcast macabro. El primer audio es de la madre, la que asesinaron, pregunta cómo están las cosas por la vía, dice que tiene miedo, que le han dicho que “las cosas están muy calientes por ahí”, pero que ella necesita salir a trabajar. Vuelve a decir que tiene miedo y la voz no aparece más.

El segundo audio es del esposo, dice que en la vía hicieron un retén, que unos encapuchados bajaron a su esposa del transporte, que ella iba con el niño, que el niño se desesperó pero que los sujetos dijeron que solo la iban a retener un momento y la entregaban después; el hombre dice que no tiene ni idea de qué pasó con su mujer y pide, muy ansioso, que por favor le ayuden a ubicarla, que alguien haga algo para salvarla. El tercer audio vuelve a ser del marido, con tono seco y pesado, como el ruido de un puño cuando se deja caer sobre una mesa, su voz anuncia —y sus palabras golpean—: “Ya apareció. La mataron”. El cuarto audio es un niño quebrado en llanto que parece robarle el celular al padre por unos segundos porque necesita desahogar su furia y su impotencia: “Me mataron a mi mamá, me la mataron, me mataron a mi mamá”.

La fuente, pensando que es dato valioso, me extiende el celular para que vea las fotos del cuerpo (alguien lo retrató, creo que el marido), pero yo volteo rápidamente el rostro hacia el lado contrario y hago un gesto de desagrado como si hubiera ingerido una bebida amarga. El trago más amargo de la guerra: la muerte de los civiles que nunca hicieron, quisieron ni pidieron ser parte del conflicto.

En el territorio hay hipótesis sobre las fieras que la devoraron. Pero hay tantas, que no está claro de dónde vino la mordida. La bajaron en ese retén que mencioné el esposo en el audio. El niño



imploró por su madre. Lloró. Los encapuchados —bondadosos ellos— le dijeron que se tranquilizara y que en unas horas se la iban a devolver unos caseríos más adelante, que ellos mismo la iban a llevar después hasta allá. La retuvieron toda la noche y al otro día, amarrada, la fusilaron; dejaron su cuerpo atado a un tronco —compasivos ellos— para que no se fuera a extraviar.

Pregunté las causas pero no pregunté por las consecuencias de ese crimen. La fuente en un comentario me dejó saber que el niño acababa de cumplir doce años y que en su cumpleaños hubo un momento en el que se aisló. El padre fue a preguntarle si estaba bien y el niño soltó un par de lágrimas y dijo que extrañaba a su mamá.

Todos quedamos en silencio y un par de horas más tarde alguien llegó por nosotros. Nos iban a llevar a otro caserío mientras las condiciones de seguridad se prestaban —habían militarizado el litoral— para que la guerrilla nos diera la entrevista. Me despedí de la fuente, seguí el recorrido y, en lugar de concentrarme en la preguntas de una entrevista que podía ser en cualquier momento o de pensar en las hostilidades a las que nos iba a someter el ejército si nos veía navegando el río tan tarde, todo el camino tuve al chico —del que solo conocí tres segundos de su voz y su llanto— en la mente. Lo imaginé cerrando los ojos muy apretados y deseando con furia que su mamá regresara. Lo imaginé después abriendo los ojos e imaginé la orfandad tan espantosa que debió sentir cuando entendió que nunca más la iba a volver a ver, que no iba a

volver a tener el abrazo materno en un cumpleaños. Por la noche, mientras intentaba dormir en una hamaca, en mi mente también se coló ese otro chico de doce años que nos desgarró a todos mientras gritaba y pateaba una puerta al lado del cadáver de su madre. Ese pequeño que ya nadie recuerda. El hijo de María del Pilar Hurtado, la madre que las fieras asesinaron en Tierralta, Córdoba, frente a su hijo.

El hijo de María del Pilar quedó a cargo de tres hermanos, el chico de mi historia no sé de cuántos. El resto de mi viaje por el Chocó, que se extendió casi una semana, vi niños entre seis y doce años cargando a sus hermanos menores y no pude más que pensar en potenciales huérfanos. En madres asesinadas que a nadie importan. En unos versos de Safo: Bajo tierra estarás, / nunca de ti, / muerta, memoria habrá, / [...] Ignorada también, / tú marcharás / a esa infernal mansión, / Y volando errarás, / siempre sin luz, / junto a los muertos tú.

No pude dormir entonces y sigo sin poder dormir ahora. ¿Quién duerme tranquilo en este volátil gobierno de fusiles? ¿Quién duerme tranquilo en la morgue Colombia? Solo los muertos.

No pregunté entonces pero ahora sí pienso en las consecuencias de ese crimen, de todos los crímenes: niños que crecen con el alma envenenada, materia prima para la guerra. Colombia, país de huérfanos.

\*\*\*

Terminó el viaje al Chocó en el que cuatro periodistas nos aflagimos juntos, nos asustamos juntos, nos burlamos juntos y nos reímos juntos. El último

día, antes de irnos, muy en la mañana, vimos a los jóvenes de la guerrilla haciendo entrenamiento deportivo en una especie de cancha del caserío donde nos quedamos esa noche mientras un puñado de niños los observaban fascinados. No había fusiles cerca, solo muchachos y muchachas haciendo deporte y tapan-do su rostro con un trapo rojo para evitar quedar retratados o grabados en nuestras cámaras.

Yo me concentré en los niños. Traté de entender su fascinación. Y otra vez llegué a lo mismo: en los territorios donde hay nada la guerra se vuelve un proyecto de vida. Una lancha nos recogió y nos sacó del Chocó navegando por el río San Juan, la única forma de salir de ahí, porque en esa parte ni siquiera hay carreteras. Tardamos seis horas para volver a la civilización en la que se tiene conexión eléctrica permanente. En la que no hay guerra permanente. En la que te cobija la burbuja. Durante esas horas recordé los versos de la canción que cantó el comandante Uriel bajo el ruido de las aspas de los helicópteros que nos sobrevolaban; recordé a Laura, la asustadiza guerrillera de quince años, recordé el rostro de mi fuente derrotada y recordé al niño de once años, ahora huérfano, que por WhatsApp quebraba su voz para decir que a su mamá la habían matado.

Yo no canté bajo el ruido de las hélices del ejército. Intentaba pensar en una canción para un escenario así. Pero ahora solo estaba el ruido de la lancha sobre el río y el ronroneo del motor. La melodía de la huida. Atrás quedaba, como siempre, el Chocó. ©



# El pez diablo

En la ciudad de Medellín son pocas las personas que se han dedicado al arte de la taxidermia o la naturalización. Entre ellos podemos mencionar a Julián Alzate, los hermanos lasallistas Nicéforo María, Daniel de la Inmaculada y Marco Antonio Serna, Ramón Cadavid y Miguel Parra. Este último es el único que aún practica este oficio en la capital de Antioquia realizando trabajos para particulares y para algunos museos.

El primero ayudó a la conformación de una colección de animales naturalizados para el museo de Leocadio María Arango, el cual fue el local más importante de su tipo a finales del siglo XIX y principios del siglo XX en la bucólica Medellín de entonces. Su afamado local en el barrio San Benito fue visitado por naturalistas y etnógrafos europeos de renombre como Otto Fuhrmann y Eugéne Mayor quienes hicieron registro de su colección para llevarlos y estudiarlos en Europa.

De otra parte, los hermanos Nicéforo María, Daniel de la Inmaculada y Marco Antonio Serna se dedicaron a preparar animales de diferentes grupos taxonómicos para formar una vasta colección zoológica que reposa en el Museo de Ciencias Naturales de La Salle y otros museos del país y el mundo.

Así, el escalpelo, la navaja, los pinces, el barniz, el alambre, los moldes, las tijeras, el hilo, las tenazas, el algodón, el aserrín, los ojos falsos y sustancias tóxicas como el sulfuro, cloruro de mercurio o azufre para la curtiembre de la piel, según la época, se transformaron en las herramientas que posibilitaron a estos artistas la conformación de piezas y colecciones zoológicas que hoy consideramos como importantes al ser apreciadas como testimonio de nuestro pasado natural en el contexto de la emergencia ambiental existente.

La taxidermia se puede realizar en insectos, peces, aves y mamíferos; se puede embalsamar desde una hormiga hasta un elefante. Si el ejemplar es un mamífero, se le desprende la piel, se le sacan todas las carnosidades y se le deja solo el cráneo. A las aves se les dejan las patas y las bases de las alas; al cuerpo, en cualquiera de los dos casos, se le solía hacer un molde en poliuretano o antiguamente se realizaba una estructura en alambre. Si se trataba de un pez el proceso podía ser más complejo por la deshidratación tan rápida que presenta su piel.

Cualquiera que fuese la época, si la técnica de naturalización era ejecutada de buena manera propiciaba el deleite estético, la contemplación; motivaba la curiosidad científica sobre el animal que se observaba; servía como elemento decorativo y de gran elegancia; y en general, posibilitaba el conocimiento de la naturaleza en ciudades ajenas a esos entornos inhóspitos.

Sin embargo, algunos taxidermistas a lo largo de la historia han tratado de recrear animales fantásticos que han entrado a engrosar la lista de la denominada "taxidermia engañosa" que consiste en la realización de un montaje a partir de partes de diferentes animales o por medio de la alteración física de los mismos y que ha tomado popularidad entre los artistas que se dedican a este oficio. La sirena de Fiyi o el grifo de Goth son prueba de ello.

Al Museo de Ciencias Naturales de La Salle en la ciudad de Medellín llegó a principios de la década del ochenta un extraño animal que hizo parte de algunos artículos en periódicos locales por la rareza de su forma y por el nombre que le fue dado, "El pez diablo", que en realidad es una raya guitarra (Rhinothates sp.) colectada en la zona de Arboletes, Antioquia, en el año 1980, y que sufrió un proceso de alteración de su apariencia física por medio de la disección del cuerpo en la parte superior para dar la apariencia de dos orejas y otra dos disecciones en la parte inferior de tal manera que aparenta que tuviese dos patas y una cola al igual que un demonio. Por muchos años esta fue una pieza que causó gran curiosidad entre los visitantes del museo debido al desconocimiento e inusual forma.

La realidad es que estos animales son preparados en países como México y Colombia para ser comercializados como amuletos o como rarezas de la naturaleza entre turistas y visitantes.

La finalidad de la taxidermia ha sido tratar de representar un animal de manera realista como si estuviese en su hábitat natural; pero no siempre esto se ha logrado con exactitud pues malograr algunas pieles para aprender las técnicas de naturalización o para alimentar imaginarios colectivos ha sido parte de este arte; a pesar de ello, son piezas con gran valor estético y simbólico que dan testimonio de la evolución del oficio en nuestra ciudad y que causan diversas reacciones por parte del espectador al observarlas y tratarlas de comprender.



*Felis Catus*, gato doméstico. Ante la ausencia de ojos adecuados se recurre al uso de semillas o bolas de cristal.

*Rhinothates sp.* Mantarraya. Se le realizaron algunas incisiones para que tuviese la apariencia de un demonio.



*Caiman Crocodilus*, caimán. Naturalización del animal en una posición inusual.

\*Animales con procesos de naturalización no convencionales. Colección de taxidermia del Museo de Ciencias Naturales de La Salle. Instituto Tecnológico Metropolitano (ITM).

**PIZZERIA CENTRO**

Martes a sábado de 4:30 a 11:00 p.m.  
Calle 57 (Argentina) # 41-57  
Reservas: 254 45 10

**Karoty PARA FUMADORES**

En el Centro comercial Medellín, contiguo a la Plaza Minorista  
Calle 54 N°57 60 Local 197  
Celular: 311 634 21 85

**Leer escuchar comprender conciliar**

**ACTIBIENES**  
TRABAJAMOS CON PROPIEDAD

Bienes raíces • Consultoría jurídica • Miembros de La Lonja de propiedad raíz  
@actibienes | tel. (034) 250 30 11 | info@actibienes.com | Circular 74 #39-01 | www.actibienes.com

**LA CAMERATA**  
SINCE BAR 1979

**ORANGE C.E.**  
Bar Restaurante

40 años de buena música y buena cocina artesanal / Tel: 3005059221  
Barrio Carlos E. Restrepo

**LA COMEDIA CAFÉ - RESTAURANTE**

En Medellín desde 1986  
Barrio Carlos E. Restrepo Carrera 64 # 51-60

En Santa Fe de Antioquia desde 2004  
Plazuela Santa Bárbara, Calle 11 # 8-03

**¡Y AHORA en Jericó!**  
Parque los Fundadores, Calle 10 # 4-31  
Disfruta nuestro ABC Arte Bar y Cocina  
@lacomediaabc

Nuestra comida es un acto de amor y sanación. Es un momento de conexión con el otro, por medio del cual tenemos la posibilidad de recordar que la vida, con toda su magia y creatividad es INFINITA

Carrera 64C # 48-188  
Suramericana 5 local 101

Restaurante **EL ARBOL DE LA VIDA**  
Comida Natural

**Teléfono: 2302522**

**El Túnel BISTRÓ**

COCINA TRADICIONAL, SALUDABLE Y CONSCIENTE

Carrera 42 # 54-62  
Medellín, Colombia  
Tel: (+574) 479 87 45

@eltunelbistro  
eltunelbistro@gmail.com  
www.eltunelbistro.com.co

**Origenes**  
Restaurante • Bar  
Tradiciones gastronómicas

LUNES A JUEVES  
12:00 m a 9:00 pm

VIERNES Y SÁBADO  
12:00 m a 10:00 pm

Torres de Bomboná  
Cra 43# 47-64 L. 131

**Due Amici PIZZERIA CAFE**

Cil 49# 64-58 | 230 56 02 | www.dueamici.co

Desarrollamos la tradición italiana en un nuevo concepto de **GELATO**

ATTIMO GELATO

Ven y enamórate de nuestros sabores y encuentra Universo Centro en nuestra Casa Attimo.

Transv. 39 #73B - 60, Laureles, Medellín  
@attimogelato - Tel: 363 55 50



**cinéfagos.net**

cine colombiano, crítica de cine, comics, artes electrónicas,  
artículos y ensayos, cuentos de cine, documentos

 /cinefagos.net

 @cinefagosnet

PLANETARIO  
DE MEDELLÍN

# MICIELO

## EXPOSICIÓN HECHA POR LA GENTE

### Vagabundos del universo en el Planetario

Reportes de astrofotografías tomadas por  
aficionados desde El Carmen de Viboral,  
Chingaza, Guatapé, Jardín, Cabo de la Vela,  
La Guajira, Entrerrios, Nevado del Ruiz...  
y muchos otros lugares que nos recuerdan  
el cielo que nos emparenta.

Foto: **Daniel Holguín**  
Tomada desde finca cerca de Manizales



# FESTIVAL DE TEATRO SAN IGNACIO

Medellín · 2019

Sept. 25 al 29

ENCUENTRA LA PROGRAMACIÓN EN:  
[www.festivaldeteatrosanignacio.com](http://www.festivaldeteatrosanignacio.com)



Adquiere tus boletas en  
[www.latiquetera.com](http://www.latiquetera.com)



Tarifas incluyen ticket service

TARIFAS AFILIADOS

A: \$6.000

B: \$9.000

C: \$21.000

NO AFILIADOS

D: \$26.000

TARIFAS AFILIADOS

A: \$3.000

B: \$4.000

C: \$11.500

NO AFILIADOS

D: \$12.100

\*La Milonga  
y La Bomba



San Ignacio  
Patrimonio, Cultura y Educación



VIGILADO SuperSubsidio

En convenio con:



Con el apoyo de:

